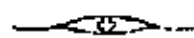
LA CUARTERONA

DRAMA ORIGINAL EN TRES ACTOS

POR

ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA.



MADRID.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE T. FORTANET

calle de la Libertad, núm. 29

1867.

FIGURAS DEL DRAMA.

JULIA.
CÁRLOS.
LA CONDESA DE..., madre de Cárlos.
DON CRÍSPULO, padre de...
EMILIA.
LUIS, amigo de Cárlos.
JORGE, negro.

La escena en la Habana año de 186...

ACTO PRIMERO.

Habitacion de Cárlos cuya puerta del fondo guia á la calle. La de la izquierda del actor, al interior de la casa.

ESCENA PRIMERA.

CARLOS y JORGE.

CÁRLOS. (*Sentado.*)

¿Dices que Julia está pesarosa y que á veces la has sorprendido llorando? Háblame con toda sinceridad, Jorge; nos conocemos desde mi infancia y siempre has sido fiel á tus amos; continúa siéndolo al hombre como lo fuiste al niño, y no te pesará. Habla, pues; ya debes comprender que me interesa, cuando con tanto afan te lo pregunto.

JORGE.

Le diré, niño Cárlos: ántes de llegar su merced de allá, de Francia, Julia solia estar risueña, aunque, como es sabido, su genio no ha sido nunca alegre, porque siempre he creido que la hacía sufrir su triste condicion. Entónces me hablaba con frecuencia de su merced, y así podia yo recibir sus noticias. Ella tenía buen cuidado de decirme: Jorge, el niño Cárlos, que no se olvida nunca de los que le aman, te envía memorias. ¡Ah! yo no sé lo que pasaba entónces por mí... Al saber que mi buen amito se acordaba de su pobre Jorge, lloraba de gusto, como lo hice de pena el dia en que el niño se fué de la Habana.

CÁRLOS.

Adelante, Jorge. Sé que me quieres y en ello me pagas. Prosigue.

JORGE.

¡Ah! ¡Si el niño supiese que todo se acabó cuando nos dijo la señora que su merced estaba para volver! Ya nada me contaba Julia; estaba siempre como pensativa, y cuando yo la preguntaba por el niño, ella no queria contestarme. Un dia la sorprendí llorando, y casi huyendo de mí me dijo: Jorge, «vendrá muy pronto.» No pude seguirla para saber más, porque la alegría me detuvo, y ella se aprovechó de mi sorpresa para echar á correr.

CÁRLOS.

Bueno, bueno. Me place lo que me cuentas.

JORGE.

Aquel dia en que me dijo que su merced vendria pronto, me inquietó mucho ver que lloraba y me ocultaba sus lágrimas; creí que se afligia porque hubiese ocurrido algun mal á su merced. Traté de averiguarlo, la seguí despues, la encontré á solas, y entónces me dijo que nada habia sucedido al niño, y que si lloraba era de contento. No era verdad, pues no podia llorar de contento con una cara tan triste, ni estar satisfecha, cuando siempre la veia como asustada.

CÁRLOS.

Lo que dices me interesa. Ella y yo nos hemos criado juntos, y así no puedo ver con indiferencia su pesadumbre.

JORGE.

¡Oh! yo sé lo que es llorar de contento; lloré así el dia en que su merced volvió y me dió un abrazo; por eso siempre dije y diré, que el llanto de Julia era de tristeza. El niño sabe que yo la conozco desde muy chiquita, y la quiero como querria á una hija si la tuviera. Pues bien, desde que su merced llegó, mejor dicho, desde que ella me anunció su regreso, no ha vuelto á estar alegre. ¡Oh! yo veo bien todo eso, porque la quiero mucho, y los ojos del que quiere mucho ven muy claro.

CÁRLOS.

(¡Me ama, me ama!) ¿Y dices que desde que llegué de Francia, habrá un mes, está siempre como si tuviese algun pesar que trata de ocultarnos? Tienes razon: su risa y su canto son mera ficcion, vana apariencia... (Por eso se marchó al campo, á casa de mi tia, á poco de mi llegada; por eso esquiva mi presencia hasta el punto de no haber podido hablar con ella á solas despues de mi regreso... Ya no lo dudo; me halaga suponerlo.) Jorge, no ignoras que á pesar de todo, he querido y quiero á Julia, como... á una

hermana... ¿entiendes? Justo es que no mire indiferente sus pesares... Esa tristeza que has creido descubrir en ella y que yo tambien he advertido, aunque como tú, sin adivinar la causa...

JORGE.

Sí, niño, lo sé. Su merced ha sido siempre bueno con ella, conmigo y con todo el mundo; por eso todos le queremos tanto.

CÁRLOS.

Gracias, buen Jorge. Observa á Julia, y cuéntame lo que veas; cuéntamelo todo. Vé pues á tus quehaceres, y toma para que fumes.

JORGE.

Sin eso, niño, yo le quiero mucho. (*Vase por la puerta del interior.*)

ESCENA SEGUNDA.

CARLOS. (Solo.)

Ella me ama, sí... ¡pero qué!... Es un disparate, una locura... locura que va siendo superior á mi voluntad. No sé por qué, pero las palabras de Jorge me han revelado todo un mundo.—¿Y á qué hacerme cuentas tan galanas? Ella verá en mí al compañero de la infancia, me tendrá el cariño que se puede profesar á un hermano, y nada más... ¡Pero esas lágrimas al saber que se aproximaba mi regreso, esa tristeza y misterio desde mi llegada!... Acaso mide la diferencia de condiciones con que el destino implacable quiso separarnos... ¡Ah! ella no conoce mi amor tal vez, ni mucho ménos mi corazon; ella ignora sin duda que soy superior á ciertas ruines preocupaciones, y que la ausencia, revelándome la naturaleza de mis sentimientos, ha hecho de ella la imágen de mis ensueños, la estrella de mi destino... Julia, la hechicera Julia, no verá más que un abismo entre los dos, y no comprenderá tal vez que yo saltaría por sobre aquel abismo para acercarme á ella. Por otra parte, si mi madre llegase á imaginar... ella que la acogió y la ha educado con esmero; mi madre que la ama bondadosa... Pero al tratarse de quebrantar ciertas barreras, recordará que es la condesa, la señora altiva, y que la otra es una pobre mestiza... Vamos, es una locura, pero locura que comienza á labrar mi desgracia; sí, porque comienzo á ser muy desgraciado. Hola, amigo Luis, sé bienvenido.

ESCENA TERCERA.

CARLOS, LUIS.

LUIS.

Buenos dias, *mon cher*. ¿Qué tal te va en esta Habana á que tú deseabas tanto volver y que yo anhelo tanto *quitar* de nuevo?

CÁRLOS.

Bien...

LUIS.

Pocos dias há que llegué y ya me parecen siglos: ¡qué calles, qué casas, qué costumbres, qué fastidio, *mon dieu*! Ya se ve: ¡aquellos *bulevares*, aquellas tiendas, aquellos palacios, aquel París! ¡Oh! ¡es mucho París el que hemos dejado!

CÁRLOS.

Poco á poco, Luis: pareces extranjero en tu patria.

LUIS.

Sí que lo soy. Yo profeso la máxima de *ibi bene ibi patria* que he leido no sé dónde; y como aquí no me va bien, es decir, no estoy contento, me considero una planta exótica en nuestra Cuba. Europa, París, la capital del mundo...

CÁRLOS.

Así la llaman los franceses y los francomanos como tú.

LUIS.

Como quieras. Aquel es mi mundo, allí estoy en mi elemento. *Oui, mon ami*. Estoy desterrado, y lo peor es que ignoro cuándo podré volver allá.

CÁRLOS.

No es tan difícil.

LUIS.

L'argent escasea, y es la sávia vital de un alma parisien como la mia.

CÁRLOS.

Capisco.

LUIS.

¿Cómo volver allá sin dinero? ¿Cómo renunciar á tales maravillas?

CÁRLOS.

Cualquiera pensaria á primera vista, que tu entusiasmo por la capital de Francia era inspirado por el amor á las ciencias y á las artes, de que es un centro; pero á poco de oirte, se convenceria de que no se trata del París intelectual, sino del que, como á tí, enloquece á tantos de nuestros jóvenes y no jóvenes; el París de los espectáculos y las loretas.

LUIS.

Y es como debe ser.

CÁRLOS.

¡Lucida está contigo la patria! ¡qué porvenir tan hermoso! Vamos, sé un poco ménos parisiense: ten un poco más de juicio. (Sólo me faltaba la presencia de Luis para acabar de estar contento.)

LUIS.

¡Juicio, juicio! Esa es la palabra que de contínuo me repetian allá todos aquellos locos serios que, como tú, sólo van allí á sumirse en el barrio latino entre libros y bibliotecas. ¡Vaya una diversion! Veo que eres aquí el mismo hombre triste de por allá.

CÁRLOS.

El mismo ciertamente.

LUIS.

¡Cuánto mejor es levantarse tarde y acostarse idem, pasando el dia en la dulce *flanerie* ó en seguir la pista á alguna elegante damisela! Por la tarde el Bois de Boulogne ó los Campos Elíseos; por la noche la ópera ó algunos teatros *pour rire*, acabándola en la *Maison Dorée* con algunos amigos *comm'il faut* y algunas amigas tan bellas como *d'esprit*. Vamos, vamos, alégrate. Bien veo que no sabes lo que es la vida, y sin embargo, es lástima!

CÁRLOS.

Sin duda causo lástima. En cambio he adquirido en París una profesion sin haber llevado allí este objeto precisamente, y tú que fuiste á ello, has gastado á tus parientes una fortuna y has vuelto como fuiste. Dispensa que te hable así, pero todo eso lo motiva la lástima que me manifiestas; además, me encuentro hoy de un humor negro.

LUIS.

Enhorabuena, te lo perdono, porque veo que tienes la manía del Mentor. ¿Qué quieres? Cada cual tiene sus

gustos. Yo nací para el gran mundo y no para un gran villorrio como este, *malgré* sus defensores; nací para tener fortuna y no para buscarla trabajando; para gozar y no para quemarme las pestañas en el estudio. Anda, sé tú, ya que lo quieres, un gran facultativo, un Nelaton, un Bernard, un Dupuytren. Yo no he venido al mundo para cortar brazos y piernas ni para disecar cadáveres; ántes al contrario, me juzgo hecho para contemplar, en todas sus perfecciones, las maravillas humanas, sobre todo cuando llevan *malakoff* y tienen cara bonita.

CÁRLOS.

Siempre el mismo, y no comprendo qué locura tentó á tu familia para intentar hacer de tí un buen estudiante y médico aprovechado. (Quisiera ser tan frívolo como éste: la frivolidad padece poco.)

LUIS.

Creí que mi familia era muy rica, y me he llevado un chasco solemne. Las ilusiones me engañaron.

CARLOS.

Tal sucede á muchos.

LUIS.

Por otra parte, dices que no he estudiado, ¡qué disparate! Sé hablar el francés, vestir con *chic*, tirar al florete y bailar un *cancan* como un demonio.

CÁRLOS.

¡Algo es!...

LUIS.

¿Te parece poco el *cancan*, delicia de Mabille y gloria de la Francia? ¿Hay cosa mejor que *vis à vis* de una donosa hembra, hacer aquello de... *(Tararea y hace algunas piruetas de cancan.)* Si dices que eso no es delicioso, estás tocando el violon.

CÁRLOS.

Sin duda alguna.

LUIS.

Pero en fin, pasemos á otro asunto. Vine á hablarte de algo que me interesa.

CÁRLOS.

Ya te escucho.

LUIS.

En mal hora recordé aquella deliciosa vida de la capital de Francia. En esta materia me vuelvo todo hablar y di-

gresiones: tanto es mi entusiasmo y mi deseo de volver á gozarla.

CÁRLOS.

Al asunto, pues. Casi llego á tenerte envidia, porque al cabo, eres hoy más feliz que yo.

LUIS.

Como iba diciendo, no estoy nada contento en nuestra Habana, y deseo, y pienso y he resuelto volverme á París.

CÁRLOS.

Bien pensado.

LUIS.

Pero para vivir allá *comm'il faut* se necesita mucho dinero, y no le tengo.

CÁRLOS.

Trabaja.

LUIS.

No me place. ¿Qué quieres? He perdido lo mejor del tiempo.

CÁRLOS.

Bien lo veo.

LUIS.

Acaso el vicio viene en mí desde la infancia. ¡Hacerle á uno creer que va á ser muy rico sin trabajar!

CÁRLOS.

¿Y qué hacer?

LUIS.

Pienso buscar una mujer rica y casarme ó darme al diablo, que es lo mismo.

CÁRLOS.

Muy bien pensado. (Creo que este majadero de Luis acabará por hacerme olvidar mis penas.)

LUIS.

Me parece que mi personal, es decir, precisamente no tener otro crédito mayor, me pone en aptitud de ganar el corazon de alguna mujer frívola... y como eso es lo que busco, y aquellas son las más...

CÁRLOS.

Dado que encuentres semejante joya, que no es nada difícil... ¿Juzgas que su familia se conforme con la insuficiencia tuya de que me hablas?

LUIS.

Gane yo á la muchacha... y como la ley protege el matrimonio...

CÁRLOS.

Todo padre rico quiere para su hija por lo ménos...

LUIS.

¿Qué?

CÁRLOS.

Un buen administrador.

LUIS.

No, eso huele á criado: yo no tengo aptitud para administrar, sino para gastar.

CÁRLOS.

¡Magnífico!...

LUIS.

¿Y qué más debe querer un suegro rico?

CÁRLOS.

Precisamente.

LUIS.

La plétora de dinero necesita, como el vapor, una válvula, un desahogo, y aquí estoy yo.

CÁRLOS.

Pues entónces, eres cortado para el caso.

LUIS.

Por eso no he perdido el tiempo.

CÁRLOS.

¡Cómo!

LUIS.

A pesar del poco tiempo que cuento aquí, creo haber dado con la veta.

CÁRLOS.

¿Qué me dices?

LUIS.

Necesito, Cárlos, que me des algunos informes y me tranquilices respecto de si son ó no fundadas mis esperanzas.

CÁRLOS.

Si no te explicas...

LUIS.

Anteayer era dia de misa, y yo, como buen cristiano, acudo siempre á donde van ellas.

CÁRLOS.

Es natural.

LUIS.

Siempre he tenido esa costumbre.

CÁRLOS.

Adelante.

LUIS.

Hallábame en la puerta del templo que está aquí enfrente, en medio del corrillo de jóvenes, que por lo visto tienen poco que hacer y mucha aficion al bello sexo, cuando ví salir de la iglesia y pasar por junto á mí á una jóven bastante bonita, acompañada de un señor gordo y coloradote; una especie de tomate mayúsculo...

CÁRLOS.

Bien, acaba.

LUIS.

Desde luego observé en el grupo de jóvenes grave interés hácia la pareja; comprendí que no se trataba de una cualquiera. Ciertos hombres casaderos en nuestra época, ignoro si en las pasadas sucedia lo mismo.....

CÁRLOS.

Lo mismo, no lo dudes.

LUIS.

Son tan deferentes con las mujeres ricas, que desde luego se conoce en su semblante y maneras y atenciones, que han hallado el filon. Tú sabes que en la materia tengo un olfato finísimo.

CÁRLOS.

Concedido.

LUIS.

Entre los del grupo habia algunos cotorrones que sin duda buscaban lo que yo. ¿Quién mejor que ellos para orientarme? Todos lanzaron á la jóven miradas elocuentes, saludáronla afectuosos, y al pasar por junto á nosotros la pareja, el señor padre obtuvo el paso libre, con toda la consideracion y respeto que merece un rico papá. Es un buey gordo, me dijeron, y ella una ninfa de oro. La jóven se llama Emilia, su padre tiene más dinero que un demonio, y más vegas en Vuelta-abajo que no sé quién.

CÁRLOS.

Eso es.

LUIS.

¡Qué poesía! Un rico archirico, soberbio mercachifle retirado.

CÁRLOS.

¿Su nombre?

LUIS.

D. Críspulo no sé cuántos.

CÁRLOS.

¡El mismo! Lo imaginaba.

LUIS.

¿Le conoces?

CÁRLOS.

Mucho, mucho. ¡Qué casualidad!

LUIS.

Pues bien: es forzoso que me presentes, ¿oyes? Quiero conocer á un señor tan apreciable; sobre todo, á su hija. Suponte cuál sería mi emocion al encontrar lo que buscaba... un temblor me sobrecogió un instante, era sin duda mi amante, era ¡ay, Dios!... *(Haciendo la señal de dinero con los dedos.)* mi salvador. Al punto supe que la niña tiene muchos pretendientes, como era de esperarse. Me dijeron que aún no habia elegido. Pero admírate de lo que añadieron; adivina...

CÁRLOS.

¿Qué?

LUIS.

Que era mi amigo Cárlos una probabilidad.

CARLOS.

Es muy cierto, por desgracia.

LUIS.

Pero yo sé que tú no estás por buscar mujeres ricas, y comprendí desde luego que no tendria en tí un rival temible. ¿No es así? Tranquilízame, amigo mio, tranquiliza mi corazon.

CÁRLOS.

Has dicho bien. Prefiero mil veces el celibato. ¡Casarme sin amor!

LUIS.

¡Oh ventura! ¡Cuando dije que eras un rival poco temible!...

CÁRLOS.

Acá para inter nos: mi madre muestra empeño en que contraiga dicho enlace; el padre y la hija están conformes; falta sólo mi asentimiento.

LUIS.

Pero tú no piensas darlo, ni lo darás... ¿no es eso?

CÁRLOS.

Perdone mi buena madre: en esta ocasion no me hallo dispuesto á complacerla.

LUIS.

¡Bien, bravo! Es decir que puedo contar con el campo libre y acaso con tu apoyo. Preséntame, Cárlos, preséntame. Por lo que respecta á la chica, has de saber que la seguí, y situado despues bajo sus balcones, se dejó ver como si no le fuese indiferente: creo no mentir al asegurarte que toma varas sin disgusto.

ESCENA CUARTA.

Dichos, JULIA.

CÁRLOS.

¡Julia!

JULIA.

La señora deseaba saber si se hallaba V. en su habitacion, para bajar á verle. (*Saludando á Luis.*) Caballero...

LUIS.

(¡Bonita hembra!)

CÁRLOS.

(Mi madre quiere hablarme; presumo de qué. ¡Cuánto lo temo!) Bien, Julia: estoy dispuesto á recibirla.

LUIS.

Entónces, te dejo.

CÁRLOS.

Adios, Luis; luégo hablaremos.

LUIS.

Me marcho: veo que tienes que hablar con... tu señora madre... ¿Qué te pasa? Estás turbado. ¡Hum! (Cuidado con la muchacha: veo que tienes buen gusto.)

CÁRLOS.

Calla, calla... no desatines, amigo mio.

LUIS.

En fin, volveré; no me olvides. (*Saludando á Julia.*) Señorita... (¡hermosa es!) (*Vase.*)

ESCENA QUINTA.

CARLOS, JULIA.

CÁRLOS.

Mi madre desea hablarme, ¿no es eso?

JULIA.

Sí.

CÁRLOS.

¿Y no sabes de qué?

JULIA.

(*Conmovida.*) Lo presumo.

CÁRLOS.

Óyeme, Julia: Se trata de un matrimonio que se me propone; ¿acepto?

JULIA.

Debe V. aceptar.

CÁRLOS.

No, imposible: no puedes comunicarme tal decision con indiferencia; sabes que mi corazon pertenece á otra.

JULIA.

(¡Ah!)

CÁRLOS.

A otra que, víctima y dominada á la vez por preocupaciones que detesto, se niega á escuchar mis votos.

JULIA.

Cárlos, ignoro de quién habla V.

CARLOS.

¿Ignorarlo tú?

JULIA.

Más vale así.

CARLOS.

Debieras suponerlo.

JULIA.

¿Para qué?

CARLOS.

¿Te niegas á escuchar mis amorosas palabras?

JULIA.

Debo hacerlo.

CARLOS.

Deber no es querer.

JULIA.

Pues yo lo quiero.

CARLOS.

¡Cómo!

JULIA.

Cárlos, es imposible unir lo que el destino separó.

CARLOS.

Y qué, Julia; cuando me abraso, cuando muero de amor por la que sólo juzgaba amiga de la infancia; cuando veo, ¡ah! me lo dice el alma, que ella corresponde al mismo afecto, ¿debo obedecer la voz del cálculo? ¿Debo entregar á otra una voluntad que sólo á tí pertenece?

JULIA.

Cárlos, si V. me ama, como dice, debe tratar de olvidarme.—Usted supone que yo le amo; tal sería locura, y ambos debemos tener juicio. (¡Dios mio, Dios mio!)

CARLOS.

¡Ah, Julia! ¿Por qué sustituyes con ese frio *usted*, aquel delicioso tuteo que hacía más cariñosas nuestras palabras en los primeros años de la existencia?

JULIA.

¿A qué recordarlos?

CARLOS.

Sólo contaba yo dos ó tres años más que tú y parecíamos gemelos en nuestro carácter y aficiones inocentes.

JULIA.

Es verdad.

CARLOS.

Despues he recordado con placer aquellas horas...

JULIA.

Conviene olvidarlas.

CARLOS.

Así, cuando la ausencia me reveló que te amaba, hallé en mi corazon tus nobles ideas y elevados sentimientos. Tu imágen estaba allí para realzarlos.

JULIA.

¡Ah!

CARLOS.

Eras niña cuando los expresabas; pero superiores aquellos á tu edad, hallaron eco despues en mi corazon de hombre: ellos me enseñaron á estimar el bien y á amar lo bello, y tú como el ángel de mi guarda, me has salvado de los escollos de la juventud en un mundo tempestuoso. ¿Qué mucho, pues, que al verte de nuevo, al hallarte tan bella, tan adorable, mi amor haya crecido? Julia, encantadora Julia, fuiste el ángel de mi consuelo durante la ausencia, sé el ángel de mi felicidad durante mi vida.

JULIA.

Es verdad: la ausencia despierta á veces sentimientos que dormian ignorados en el corazon. Ella ha cambiado en tristeza nuestras horas de alegría; nuestra paz en áridos temores.

CARLOS.

Temores infundados.

JULIA.

Usted debe sólo ver en mí la amiga de la niñez, si no quiere considerar lo que todo el mundo: una mujer cuya condicion abre un abismo entre los dos.

CARLOS.

Yo anularé semejante abismo.

JULIA.

Acaso por haber visitado V. países en que, segun se cuenta, no existen ciertas preocupaciones, no las tiene V.

CARLOS.

Eso basta.

JULIA.

Aun cuando no fuese V. heredero de un título y de un nombre ilustre, sería siempre lo que en nuestro país se juzga superior á lo que yo soy.

CARLOS.

¿Qué importa nuestro mísero país?

JULIA.

Olvide V., pues, como el sueño de un cielo perdido, las dulces memorias de que me habla; evite V. que aquel cielo se trueque en infierno, y que sea yo ingrata á los favores que desde la cuna recibí de su buena madre; favores que se convertirian en ódio contra mí.

CARLOS.

¿Ella odiarte?

JULIA.

¡Ah! V. no me ama tanto como dice; V. quiere que mi bienhechora me dé en rostro con mi triste condicion.

CARLOS.

Yo lo impediré.

JULIA.

Ella lo haria si sospechase.

CARLOS.

No lo sospechará.

JULIA.

En general los de mi clase, la niegan ó la disimulan; yo no la publico, pero Dios me ha dado una compensacion: la conformidad, y por eso manifiesto mi condicion sin humillarme.

CARLOS.

¿Y quién podria humillarte? ¿Por qué me hablas de eso ahora?

JULIA.

Recuerdo más de una vez mi condicion para que V. no la olvide.

CARLOS.

¡Qué ironía!

JULIA.

No hay sarcasmo en mis palabras.

CARLOS.

No sientes lo que ellas dicen.

JULIA.

Soy sincera.

CARLOS.

No lo pareces.

JULIA.

Renuncie V. á pretensiones que no debe escuchar.

CARLOS.

Ya es tarde para estorbarlo.

JULIA.

Si no evité esta conferencia...

CARLOS.

¿Qué?

JULIA.

Le ruego que sea la última.

CARLOS.

Pero Julia, tú me amas: una sola vez, dímelo...

JULIA.

No, imposible.

CARLOS.

¡Ah! si tus ojos, si tus miradas no me lo revelasen, mi propio corazon al escucharte, me diria que soy amado.

JULIA.

Usted lo presume.

CARLOS.

Pero no basta; necesito que tu labio lo confirme.

CONDESA. (*Dentro.*)

¡Julia, Julia!

JULIA. (*Asustada.*)

¡La señora! Huya V. por Dios.

CÁRLOS.

Es vana tu repulsa.

JULIA.

Que no nos halle juntos aquí.

CÁRLOS.

Me amas, ¿no es cierto?

JULIA.

No, imposible... Váyase V.

CÁRLOS.

Pero...

JULIA.

He dicho que no puede ser.

CÁRLOS.

No, mentira; tú me amas.

CONDESA. (*Dentro.*)

¡Julia!

JULIA.

Como V. quiera; pero váyase V., Cárlos, ó todo se ha perdido.

CÁRLOS.

Sí, sí, adios. Hasta despues. (*Toma el sombrero y vase hácia la calle.*)

ESCENA SEXTA.

JULIA, LA CONDESA.

CONDESA.

Muchacha... ¡Tanto tardar para un simple recado! No me place ni está bien visto que permanezcas aquí en la habitacion de Cárlos más tiempo del regular.

JULIA. *(Avergonzada.)*

Señora...

CONDESA.

Te conozco y te hago justicia, pero no está bien. ¿Y Cárlos?

JULIA. *(Con turbacion.)*

Ha salido.

CONDESA.

Lo siento; precisamente cuando tengo que hablarle.

JULIA.

Quizá volverá pronto.

CONDESA.

Sin duda presintiendo el objeto con que le busco, evita mi presencia. Y hace mal en esquivar toda conversacion conmigo, que siempre he sido para él madre cariñosa. ¿No es verdad?

JULIA.

Ciertamente.

CONDESA.

¡Renunciar á una boda que sólo ventajas puede ofrecerle! ¿Y por qué? Quizá por algun capricho. Julia, con sinceridad: ¿sabes si alguna afeccion hácia otra...

JULIA.

Señora, de algun tiempo acá se ha vuelto tan reservado... (¡Callar lo que podria ser una dicha confesar!)

CONDESA.

Julia, nacida tú en esta casa, has sido tratada siempre con cariño y educada con el esmero de una señorita.

JULIA.

¡Ah! Señora, mi gratitud no se ha desmentido jamás.

CONDESA.

Lo sé, y por eso cuento con tu ayuda en una empresa sobrado interesante.

JULIA.

(¿Qué pretenderá?)

CONDESA.

¡Si comprendieses cuánto anhelo para mi hijo la tal boda! Presumo que hará su dicha, y no omitiré medio alguno para realizarla. Entre él y tú existe la confianza que origina la comun niñez; Cárlos estima tu cordura y buenas prendas, y tus consejos no serian por él desatendidos.

JULIA.

(¡Ah! ¡temo comprender!)

CONDESA.

Procura, pues, inquirir si el amor á otra mujer le impide ceder á mis prevenciones. Trata de persuadirle de que mi proyecto tiene por mira su conveniencia; persuádele.

JULIA. (*Con sorpresa.*)

¡Yo!... ¿Quién mejor que una madre podria hacerlo?

CONDESA.

Así debiera ser; pero tú le inspiras quizás mayor confianza. Lo harás, ¿no es cierto?

JULIA.

No me lisonjeo de conseguirlo.

CONDESA.

Sí, dame palabra de que lo harás.

JULIA.

(¡Ay de mí!) Señora...

CONDESA.

Consientes, ¿no es así?

JULIA.

Señora... no puedo ni debo negar á V. nada; pero...

CONDESA.

Tratarás de convencerle de que no son miras codiciosas de mi parte. ¿Se lo dirás?

JULIA.

Como nada me prometo alcanzar...

CONDESA.

¡Qué! ¿Vacilas?

JULIA.

Lo haré. (Aunque me cueste la vida.)

CONDESA.

¡Oh! gracias, Julia... A propósito, ahí está: déjame que le hable.

JULIA.

(¡Cielos! No era bastante callar y resignarme, sino que debo abogar por otra.)

(*Vase.*)

ESCENA SEPTIMA.

CONDESA, CARLOS.

CARLOS. (*Entrando.*)

¡Madre mia!

CONDESA.

El cielo premie al hijo que complace á su madre.

CARLOS.

¡Ah! tiene V. un hijo muy desgraciado; un hijo que no puede siempre complacer á su madre.

CONDESA.

De eso venía á tratar precisamente; de poner á prueba por última vez el cariño que siempre me has profesado.

CÁRLOS.

Supongo que no dudará V.

CONDESA.

Concedo que ántes no dudaba, pero desde hace algunos dias...

CÁRLOS.

¡Qué!

CONDESA.

Preciso es que mi Cárlos, que nunca tuvo una contradiccion para mí, ame á otra persona más que á su madre...

CÁRLOS.

¡Cómo!

CONDESA.

Cuando se niega á su ruego, mandato debiera decir; pero no, yo no mando á mi hijo en esta ocasion, le ruego.

CÁRLOS.

Veamos, madre: V. me ruega, ¿y por qué? Porque acepte un matrimonio ventajoso para mí.

CONDESA.

Indudablemente.

CÁRLOS.

Y juzga V. que haria mi felicidad.

CONDESA.

Lo juzgo.

CÁRLOS.

Lo niego.

CONDESA.

Dudo que puedas convencerme.

CÁRLOS.

Me parece que tengo derecho á fallar en la materia, resistiéndome á aceptar un enlace contraproducente, puesto que sólo labraria mi desventura.

CONDESA.

Una buena madre sabe por instinto lo que más conviene á sus hijos.

CARLOS.

El cariño puede alucinar á V., madre mia.

CONDESA.

La juventud es inexperta.

CARLOS.

Conozco mi corazon: no podria ser feliz en el matrimonio sin el amor.

CONDESA.

¡Quién sabe, Cárlos! ¿Cuántos casamientos por amor no han sido desgraciados?

CARLOS.

¿Y cuántos no han sido felices?

CONDESA.

En la eleccion para el matrimonio debe presidir la razon, no las ilusiones.

CARLOS.

Yo creo que el amor no debe ser desatendido.

CONDESA.

Es lazo aquél indisoluble.

CARLOS.

Por lo mismo.

CONDESA.

El entendimiento debe consultarse.

CARLOS.

Más el corazon.

CONDESA.

Aquél es todo.

CARLOS.

¿Y éste es nada?

CONDESA.

Es ciego y suele extraviarse.

CARLOS.

Permítame V. que no piense así.

CONDESA.

Además, la novia que te propongo es bella.

CARLOS.

La belleza del alma es preferible.

CONDESA.

Es buena.

CARLOS.

Muchas lo parecen: no es la soltería el crisol del matrimonio. Tampoco es Emilia un tesoro de inteligencia.

CONDESA.

Pero tiene buena índole.

CARLOS.

No es bastante.

CONDESA.

Podrás formarla segun tus opiniones.

CARLOS.

Sí, una jóven educada como la mayor parte, en la frivolidad.

CONDESA.

Será dócil.

CARLOS.

Si lo fuese. Mecida en los sueños de rica heredera, llevará consigo al matrimonio la soberbia y la presuncion.

CONDESA.

¿Cómo sabes eso?

CARLOS.

Es de suponerse. D. Críspulo su padre, no puede haberla dado otra educacion. El olmo no da peras.

CONDESA.

Exageras demasiado.

CARLOS.

Sin duda será de aquellas á quienes un padre necio repite todos los dias, que valen mucho y que están destinadas, no á tener un marido, sino á comprar un esclavo.

CONDESA.

Vamos, estás intransigente.

CARLOS.

Se enfada V., y lo siento.

CONDESA.

Con razon dudaba de tu cariño.

CARLOS.

No, V. sabe que la amo y la respeto como merece; pero no puedo darla gusto en esta ocasion.

CONDESA.

¿Para cuándo guardas la complacencia?

CARLOS.

Permaneceré soltero; así podré consagrarme por completo á la ventura de V.

CONDESA.

¡Mi ventura! Está en tu casamiento con Emilia. Repito lo que sabes. *(Con misterio.)* Estamos casi arruinados; los restos de nuestros bienes, un dia cuantiosos, están próximos al embargo. El padre de Emilia es uno de nuestros principales acreedores. A fuerza de ostentar ante sus ojos nuestra nobleza, el villano enriquecido se deslumbra y consiente en preferirte á muchos para yerno.

CARLOS.

Ya lo veo, por desgracia.

CONDESA.

A pesar de que no ignora el mal estado de nuestros intereses, héle hecho conocer que, con todo su dinero es Don Nadie, si no une su oro á lo que oro vale: la nobleza.

CARLOS.

Pero...

CONDESA.

He sido intrigante por mi hijo y por mí, porque no estoy dispuesta á verme despreciada en la vejez, cuando he sido rica y espléndida toda mi vida.

CARLOS.

¡Y quiere V. sacrificarme!

CONDESA. *(Sin oirle.)*

No daré de buen grado semejante gusto á los que me envidiaron hasta ahora. *(Pausa.)* ¡Y si nos quedase siquiera una posicion modesta! Pero la humillacion, la miseria...

CARLOS.

No, eso no; trabajaré noche y dia para V. Ejerceré mi profesion de médico; tengo poderosa voluntad, y lograré que pueda V. vivir holgadamente.

CONDESA.

Gracias, gracias; pero no me satisface.

CARLOS.

Ya ve V. que la miseria no debe intimidarla.

CONDESA.

Insisto en que amas á otra.

CARLOS.

Qué dice V. (¡Qué! ¿sabrá?...)

CONDESA.

Sientes alguna pasion que me ocultas.

CARLOS.

No acierto á explicarme...

CONDESA.

Jamás daré mi aprobacion á frívolos caprichos.

CARLOS.

¡Caprichos!

ESCENA OCTAVA.

Dichos. JULIA.

JULIA.

Señora.

CONDESA.

Qué es...

JULIA.

El abogado quiere hablar á V. con urgencia.

CONDESA.

Ya has oido : seré intransigente con toda locura de tu parte.

CARLOS.

Señora... *(Va á besarla la mano, y ella la retira.)*

CONDESA. *(A Julia.)*

Te dejo con él algunos instantes. Cúmpleme tu promesa.

JULIA.

Bien está, señora.

ESCENA NOVENA.

CARLOS, JULIA.

JULIA.

¿La señora ha hablado á V. de lo que yo presumia?

CARLOS.

Sí, pero no he querido aceptar. Insiste en suponer que el amor á alguna otra es causa de mi repulsa; tal vez sospecha la verdad y lo temo.

JULIA.

¿Se ha negado V.?

CARLOS.

¿Y tú me lo preguntas?

JULIA.

Ha hecho V. mal.

CARLOS.

Qué, ¿desapruebas mi repulsa?

JULIA.

Debo persuadir á V. que acepte.

CARLOS.

¿Qué escucho?

JULIA.

Creo que la boda labrará su ventura.

CARLOS.

No te comprendo, Julia; pero lo que dices me hiere el corazon: esplícate, por piedad.

JULIA.

(¡Cielos, dáme fuerzas! Mi deber, mi gratitud lo exigen ¡estoy resuelta!) Debe V. casarse; seré muy dichosa si lo hace.

CÁRLOS.

¿Dichosa tú?

JULIA.

¿Quién lo duda? ¿No ve V. que estoy contenta?

CÁRLOS.

Te burlas de mí, y esa burla es un martirio.

JULIA.

(Insistamos; ¡destrózate, alma mia!) Seré dichosa, porque así terminará su loca pretension. Tambien será usted feliz.

CARLOS.

¡Oh! sí, mucho.

JULIA.

Las dulzuras del matrimonio con una jóven rica y bella, porque su futura lo es, ¿no es verdad? acabarán por borrar de su mente el infundado capricho que he tenido la desgracia de inspirarle.

CARLOS.

¡Capricho! ¿qué estás diciendo?

JULIA.

¿Qué otra cosa pudiera ser? Desengáñese V., amigo mio; V. no puede sentir por mí más que un capricho pasajero.

CARLOS.

¿Pero qué estás diciendo?

JULIA.

En cambio, la esposa que le preparan se halla en otro caso, pues su condicion social es muy distinta, y ofrece garantías que un enlace desigual no podria brindar á V.

CARLOS. (*Con ironía.*)

¡Bien, muy bien!

JULIA.

Además, su señora madre quiere la felicidad de V., la espera de dicho matrimonio, y creo que el cariño maternal no puede aconsejar á V. un disparate. (¡Ah! no puedo más.)

CARLOS.

Calla, calla por el cielo.

JULIA.

Por lo que hace á mí, no sería justo que trastornase los proyectos de mi bienhechora, y sólo me es dado aspirar á quien no tenga que ruborizarse por haberme amado. (Sí, soledad y muerte deben ser mi único consorcio.)

CARLOS.

¿Pero á qué objeciones tan inoportunas? Si tú me amas, si yo estoy dispuesto á sacrificarlo todo por tí, ¿por qué ponerte ahora de parte de mi madre para darme consejos que rechazo? Cesa, pues, de atormentarme y no trates de oponerte á lo que está resuelto. Deja que triunfe un destino tan grato para mí: el de ser tu esposo, en otros países á donde no alcanzan las ruines preocupaciones del color y de razas que aquí nos mortifican.

JULIA.

Pero aquí imperan y aquí vivimos.

CARLOS.

¿Qué importa lo que piense de nosotros una sociedad que te denigra, á tí, que debiera considerar por tus bellas prendas, y que eres para mí de más precio que una reina? ¿Es este pobre país todo el universo?

JULIA.

Por desgracia lo es hoy para nosotros.

CARLOS.

Grande es el mundo y en él caben muy bien dos corazones generosos y puros que buscan y tienen derecho á la felicidad.

JULIA.

¡Ah!

CARLOS.

No, no ha de faltar á dos pobres hijos de Dios un lugar en su inmensa obra, para amarle, amándose, y para bendecirle con voz agradecida.

JULIA.

No, Cárlos, no debe ser. (Acudamos á otro medio. ¡Dios mio, Dios mio! Debo hacer cuanto sea dable por persuadirle.) No debe ni puede ser.

CARLOS.

Sí será.

JULIA.

¿Y qué es eso de amarme sin saber si me es lícito escuchar sus votos? ¿Sabe V. si me pertenezco?

CARLOS.

Sin embargo, hace poco, cuando mi madre nos interrumpió, me dijiste que me amabas.

JULIA.

¿He podido decir tal cosa?

CARLOS.

Vamos, el lance es inaudito.

JULIA.

¡Ah! ¿qué queria V. que hiciese? Estaba V. tan exigente, la señora iba á sorprender nuestra conversacion, y dije á usted lo que no sentía... Sí, lo que no podia ménos de decir para salir del apuro... (Quisiera morir en este instante.)

CARLOS.

¡Cómo! ¡Qué oigo!

JULIA.

Lo que no debia sentir, ni mucho ménos confesar.

CARLOS.

¿Eso dices? ¡Qué infamia! ¡Oh! te engañas, Julia; quieres atormentarme por gusto. Te suplico que cese tan horrible chanza.

JULIA.

¿Chanza?

CARLOS.

¡Y bien pesada!

JULIA.

Oígame V. (Estoy obligada y debo cumplir. Vaya pues, y que Dios tenga piedad de mí.)

CARLOS.

¿Qué piensas?... Habla, por Dios.

JULIA.

No puedo ser de V. jamás; ya he dicho que no me pertenezco.

CARLOS.

¡No comprendo!...

JULIA.

Pues compréndalo V., y no me importune más; sería inútil. Estoy enamorada de otro.

CARLOS.

¡Qué dices!

JULIA.

Suplico á V. que no me hable más de amor; no me es lícito escucharle sin faltar á la fe jurada.

CARLOS.

Entónces...

JULIA. *(Con afectada firmeza.)*

Basta, por Dios. (¡Cielos, ténmelo en cuenta! ¿Qué más exiges de mí?)

ESCENA DECIMA.

Dichos. LA CONDESA.

CONDESA.

Hijo mio, entérate de eso. *(Le dá un papel.)*

CÁRLOS.

Madre, por piedad...

CONDESA.

Sí, lee.

CÁRLOS.

¿Qué quiere decir esto? Mi cabeza no está para comprender, ni para discurrir, ni para nada.

CONDESA.

La ejecucion de nuestro mejor ingenio; lo único libre que nos quedaba.

CÁRLOS.

¿Y qué me importa la fortuna?

CONDESA.

Pues bien: renunciaré mi título, el nombre de una antigua familia. No seré yo quien lleve un título sin rentas. ¡Y ser en mí en quien deba morir un nombre benemérito! Daré gusto á mi hijo áun á costa de mi sonrojo. ¡Todo sea por Dios... sea lo que quieras, hijo mio!

CARLOS. *(Indeciso.)*

Madre... *(Acercándose á Julia.)* Julia, una palabra.

JULIA.

Debe V. casarse; no puedo amarle.

CARLOS.

Pero...

JULIA.

Ya lo dije... amo á otro, soy de otro.

CARLOS.

¡Qué escucho!

JULIA.

Me fuerza V. á decirlo: no seré de V. jamás.

CONDESA.

¿Qué ocurre?

JULIA. *(A Cárlos.)*

¡Por Dios, silencio!

CARLOS. *(Con fria desesperacion.)*

Señora... estoy resuelto.

CONDESA.

¡Qué!

CARLOS.

Me casaré.

CONDESA. *(Abrazándole.)*

Gracias, hijo mio, gracias. Voy á disponerlo todo. Julia, gracias á tí tambien. *(Le estrecha las manos.)* ¡Jesús, qué manos tan frias! Gracias por haberle aconsejado la razon. Ven, muchacha; vamos á prepararlo todo. ¡Mi buen Cárlos! *(Vánse.)*

(Cárlos, despues de ver salir á Julia, se deja caer en un sillon con abatimiento.)

CAE EL TELON.

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de la condesa, formada por telon de arcos.—El paso entre éste y el de fondo conduce del exterior, que se supone á la derecha del actor, al interior de la casa que se supone á la izquierda. De este lado y cerca del proscenio una puerta; á la derecha un balcon ó ventana en segundo término.

ESCENA PRIMERA.

JULIA. *(Sentada leyendo.)*

«Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.» *(Deja de leer.)* ¡Ah! ¡quién tuviera en el alma la serenidad con que el divino profeta de Nazareth emitia estas palabras! ¡Los que lloran serán consolados! Quizá no soy digna de consuelo, pues en vano le busco. ¡Libro afectuoso, mi único amigo en esta soledad de mi existencia! Tus dulces palabras serian bálsamo eficaz para mi alma, si su herida no fuese incurable. Hoy es dia decisivo para mí. En breve llegarán ella y D. Críspulo. La condesa, deseosa de obsequiarles, ha insistido en que la exploracion de las voluntades se verifique aquí y no en casa de la novia, segun costumbre: esto aumentará mi tormento. Ojalá que pueda yo tener la serenidad y firmeza que necesito y de que empiezo á carecer. ¡Ah! ¡si pudiese abandonar esta casa!

ESCENA SEGUNDA.

JULIA, D. CRISPULO, EMILIA.

CRÍSPULO.

Buenas noches, muchacha. Mi señora la condesa...

EMILIA. (*Con desden.*)

Adios...

JULIA.

Sírvanse ustedes tomar asiento; no tardará en venir, voy á avisarla. (¡Tan orgullosa!) (*Vase.*)

ESCENA TERCERA.

D. CRISPULO, EMILIA.

CRÍSPULO.

Graciosa muchacha es esta Julia, pero un poco mal criada: trata á todo el mundo como si fuese su igual. Ya se ve: ¡la condesa la tiene tan *consentida!*

EMILIA.

¿Graciosa dice V., papá? En su clase no diré que no; aunque pretende vestir y darse el tono y maneras de señorita, siempre se trasluce su condicion.

CRÍSPULO.

En eso no estamos de acuerdo: es casi blanca ó lo parece, es bonita, fina y elegante; si no supiésemos que es hija de una mulata esclava, segun se dice, tal vez la admitiríamos como á otros que tratan de disimular su orígen entre las personas bien nacidas.

EMILIA.

Algo da el roce con su señora y algo toma de las gentes con quienes aquella se trata. Y en verdad que hace muy mal la condesa en imponerla á sus conocidos. Por poco, á no haberla mirado con el desden que merece... ¡qué sé yo! Creo que se hubiese atrevido á darme la mano.

CRÍSPULO.

Emilia, es necesario tener un poco de indulgencia, no por ella precisamente, sino por la condesa, que pronto será tu suegra.

EMILIA.

No transijo con mulatas.

CRÍSPULO.

La muchacha es crianza suya, como suele decirse, y la quiere y estima, habiéndola educado cual si fuese una jóven decente; forzoso es no disgustar á una señora tan principal, mostrando repugnancia hácia su obra.

EMILIA.

Con tal que esa muchacha no pretenda emparejarse... Además, no veo que tengamos que adular tanto á la condesa; no somos tan pobretones. Al paso que ella...

CRÍSPULO.

No está muy boyante que digamos.

EMILIA.

Si su hijo lleva un título, yo llevaré lo que acaso tenga que envidiarnos. Ni yo estoy tan descontenta de mi mérito: cada cual lo suyo.

CRÍSPULO.

Pero enlazarte con un apellido como el suyo vale algo.

EMILIA.

Yo creo que no tanto como para aceptarlo sin condiciones.

CRÍSPULO.

Pero eso de que tus hijos puedan ser parientes del rey que rabió...

EMILIA.

¡Vaya!

CRÍSPULO.

La condesa me dijo el otro dia que tiene qué sé yo cuántos abuelos.

EMILIA.

¡Toma! abuelos los tiene todo el mundo.

CRÍSPULO.

Pero no conocidos. ¿Sé yo por ventura quiénes fueron los primeros de mi apellido que hubo en el mundo?

EMILIA.

¿Y qué falta le hace eso? Llamarse condesa es algo, pero lo de adquirir genealogías, usted mismo me ha dicho que es muy fácil.

CRÍSPULO.

No señora. El mundo burlon distingue las legítimas de las supuestas, y por lo tanto aquellas son preferibles. Tales cosas, aunque nada valen en apariencia, no dejan de darle á uno cierta importancia y son más positivas de lo que se piensa.

EMILIA.

Verdad es que muchos afectan desdeñarlas y las buscan.

CRÍSPULO.

Yo soy más franco. Cuando comencé á tener dinero,

creia que el oro era lo mejor del mundo; pero luego que lo tuve en abundancia, me pareció que necesitaba otra cosa para hacerlo valer. Es singular: al oro sienta bien el oropel.

EMILIA.

No lo creo, papá.

CRÍSPULO.

Yo tengo que *encondarme ó enmarquesarme* para que olviden que vine á América como polizon.

EMILIA. (*Avergonzada.*)

¡Jesus, papá, qué cosas dice V.!

CRÍSPULO.

Además, quiero que puedas pavonearte llamándote condesa.

EMILIA.

Pero papá, ¿no podria yo serlo con tanto dinero como tiene V. para conseguirlo, sin recurrir á un casamiento? A la verdad, me hallo muy bien soltera.

CRÍSPULO.

No conviene.

EMILIA.

¡Es un gusto tener varios pretendientes que adulan, que ruegan, que la dicen á una tantas cosas agradables, haciéndose pedazos por complacerla, porque acepte de sus manos un ramillete, ó baile con ellos una danza!

CRÍSPULO.

Repito que no conviene.

EMILIA.

Y luégo tener el gusto de hacerles esperar ó de lanzarles un *no* que les desconsuele... ¡ya! en casándome, todo esto se acabará.

CRÍSPULO.

Nada de eso está bien, señorita. En cuanto á mí, pudiera hacerme conde de *Bemba* ó marqués de la *Macagua*, pero son solares muy nuevos y hasta oscuros; y como todos en la Habana me conocen por D. Críspulo, sucederia, que al llamarme conde de *Bemba*, por ejemplo, ¿quién es él? preguntarian. Hombre, ¿quién va á ser? D. Críspulo; teniendo al fin que firmar para ser reconocido: El conde de Bemba (alias) D. Críspulo. ¡Buena se armaria entónces en el muelle y en otros puntos de la ciudad donde soy tan conocido! Luego tú al llamarte por herencia la condesita de Bemba...

EMILIA.

¡Uf! ¡qué título!

CRÍSPULO.

Otros hay peores. Te verias expuesta á que añadieran: la hija de D. Críspulo; y eso de D. Críspulo á secas es cosa intolerable. No, hija mia; quiero dejar de ser el villano enriquecido; quisiera ser llamado conde de la Edad-Media, ó qué sé yo, como dice la condesa tu futura suegra.

EMILIA.

Yo lo decia, porque me place mucho estar en aptitud de elegir... y luégo, como soy rica, tengo de sobra ocasion para hacerlo cuando y como quiera.

CRÍSPULO.

No es tan fácil.

EMILIA.

Será así para las que no tienen sobre qué caerse muertas.

CRÍSPULO.

Para todas.

EMILIA.

Tanta precipitacion es propia de las que temen quedarse para tías ó vestir imágenes.

CRÍSPULO.

Siempre conviene hacerlo pronto.

EMILIA.

No, papá, yo no estoy en ese caso.

CRÍSPULO.

Todas las mujeres lo están.

EMILIA.

¿Yo tambien?

CRÍSPULO.

Tambien; bueno es lo seguro.

EMILIA.

Papá, V. me ofende.

CRÍSPULO.

Nada de eso.

EMILIA.

Usted supone que yo no tengo mérito suficiente.

CRÍSPULO.

¿Quién ha dicho tal?

EMILIA.

Cuando todo el mundo me halaga y me dicen cuantos me conocen que soy bonita, que soy adorable.

CRÍSPULO.

Te adulan porque quieren tu dinero, y este puede perderse.

EMILIA.

Papá, está V. muy cruel conmigo, muy tirano.

CRÍSPULO.

La verdad en medio de todo.

EMILIA.

Pues yo no quiero que me la digan. No puedo sufrirla, no quiero. (*Llora.*)

CRÍSPULO.

Pero muchacha...

EMILIA.

Nada: V. no quiere á su hija cuando así la trata.

CRÍSPULO.

¿Que no te quiero?

EMILIA.

No señor...

CRÍSPULO.

Pero calla por Dios, que viene la condesa. (Será lo que tú quieras.)

ESCENA CUARTA.

Dichos. LA CONDESA.

CONDESA.

Buenas noches, Sr. D. Críspulo; adios, Emilia. (*Se besan.*)

EMILIA.

Señora...

CRÍSPULO.

Beso los piés de mi señora la condesa.

CONDESA.

Tomen ustedes asiento. Habrá que aguardar un poco, pues no han venido aún los de la curia.

CRÍSPULO.

¿Con que vamos á ser, como quien dice, hermanos?

CONDESA. (*Sonrojada.*)

Así parece.

CRÍSPULO.

¡Oh! señora, cuánta es mi satisfaccion. ¡Ver la nobleza de la sangre y la del dinero enlazadas en nuestros hijos!

CONDESA.

No muestra Emilia la misma satisfaccion; por lo ménos, guarda silencio.

CRÍSPULO.

Quien calla otorga.

EMILIA.

Repito lo que dije hace poco á mi papá: que por muy halagüeño que me parezca el matrimonio, siento perder la libertad á que estoy acostumbrada.

CONDESA.

¿Y por qué habria V. de perderla?

EMILIA.

Cuando una está acostumbrada á hacer su gusto, porque papá es tan bueno que me ha dejado hacer siempre mi voluntad, teme una que el marido que se la propone no piense del mismo modo.

CRÍSPULO.

Todo lo hace una buena eleccion.

EMILIA.

Eso, como V. comprenderá, es natural que me inspire alguna desconfianza, y que el casamiento se mire por una jóven como yo, con cierta prevencion desfavorable.

CONDESA.

En tal caso, Emilia, puede V. estar satisfecha. Mi hijo es sobrado leal y generoso para tiranizar á la que lleve su nombre: respondo de él en este concepto como en lo demás. Creo por lo tanto, que llegareis á ser muy dichosos, y que su papá y yo no tendremos que arrepentirnos de haber promovido vuestro enlace: así me lo prometo.

CRÍSPULO.

La señora condesa tiene razon. ¿No es verdad, hija mia?

EMILIA. (*Como distraida.*)

Sí

ESCENA QUINTA.

Dichos, JULIA y luego CÁRLOS.

JULIA.

Señora, el notario eclesiástico y los testigos aguardan en el salon.

CONDESA.

¿Oyen ustedes? Llegó el momento de *tomar los dichos* á los novios. Es trámite de costumbre. He suplicado á ustedes me permitiesen verificar esta ceremonia en casa, con el fin de obsequiarles con una corta fiesta que deseo sea de su gusto. Y Cárlos, ¿dónde está?

CRÍSPULO.

Véale V.

CARLOS. (*Saliendo.*)

(Valor, sosten mi cuerpo.)

JULIA.

(¡Dios mio! Ya que aceptais mi sacrificio, dadme las fuerzas necesarias para cumplirlo.)

CRÍSPULO.

Bien venido el novio.

CARLOS. (*Saluda con frialdad.*)

Señórita...

EMILIA. (*Idem.*)

Adios, Cárlos.

CONDESA.

Cárlos, el brazo á tu novia. (Animo, por Dios.) Pasemos al salon.

CRÍSPULO. (*Dándola el brazo.*)

Señora condesa... (*Vanse menos Julia.*)

ESCENA SEXTA.

JULIA. (*Sola.*)

¡No se aman y van á unirse! El sí que van á pronunciar es una blasfemia: ¡en mis labios y en los de Cárlos sería una verdad que nos abriria en la tierra un paraíso! Cuando pienso que podria decir á esa jóven altanera: «Un puesto que sólo el amor debe dar, no pertenece á V.; V. es indigna de estrechar esa mano. Ese hombre tampoco la pertenece,

porque ama á otra, porque me ama, sí, á mí, y porque yo le idolatro. Usted con toda su soberbia no es capaz de comprender ni estimar ese tesoro. Ese tesoro pertenece á la pobre mujer que V. desprecia, pero que tiene más derecho que V. al puesto que friamente le ha robado. Escuche usted, mujer vanidosa y yerta como el egoismo. ¿Quiere usted hacer la prueba? Pronuncie el nombre de Julia á á los oidos de ese hombre, y verá cómo palpita su corazon.» ¡Ah! sí, debe abrasarse al oir este nombre, como se abrasa el mio en estos momentos; sólo que él podrá tal vez disimularlo, y yo estoy á punto de morir. No, no puedo más. No debo dejar que el ingrato me inmole así. ¿Ingrato él cuando sólo aguardaba mi respuesta para ser mio toda la vida? ¡Ah! la ingrata soy yo; ¡pero soy tan desgraciada! Debo ir á impedir un enlace que me asesina; y despues... despues moriré; pero mi muerte le dejaria desolado y triste; yo quisiera que fuese feliz... ¡Dios mio! ¡Dios mio! Serena mi frente, mi cabeza, porque voy á volverme loca. —Viviendo él, quizá llegaria á amarla... no, no; estoy resuelta: debo impedir tan sacrílego enlace; que viva y ame á quien yo no conozca, cuando yo lo ignore y no pueda estorbarlo... Sí, sí, voy á impedirlo, y sea lo que Dios quiera. *(Va á salir y se detiene al ver á Luis que viene de la calle.)*

ESCENA SEPTIMA.

JULIA, LUIS.

JULIA.

¡Ah!

LUIS.

Dígame V.... Cárlos...

JULIA.

Está... no sé... ¡ah! *(Se oprime las sienes en actitud desesperada.)*

LUIS.

¿Qué tiene V.? Está V. muy conmovida; tranquilícese usted.

(Julia, muda de dolor y desesperacion, le muestra con un consternado ademan á Cárlos y Emilia que salen del brazo y seguidos de D. Críspulo y la Condesa. Vase con precipitacion por la izquierda.)

LUIS. *(Solo.)*

La turbacion de esa jóven, la repugnancia de Cárlos hácia la boda... Vamos, aquí hay gato encerrado.

ESCENA OCTAVA.

LUIS, LA CONDESA, D. CRÍSPULO, EMILIA, CARLOS,

CRÍSPULO.

En mi vida he visto novios tan frios; puede decirse que se aman con la más completa indiferencia.

CONDESA.

Se comprende: la turbacion del momento... porque al fin, el caso es harto serio; confío, sin embargo, en que semejante frialdad desaparezca tan luego como ambos tengan ocasion de conocerse más y de apreciarse mejor.

CÁRLOS.

Hola, Luis, ¿qué traes de nuevo? (*A Críspulo y Emilia.*) Mi amigo D. Luis de Robles.

(*Sitúanse los interlocutores del modo siguiente: A la derecha la Condesa y D. Críspulo sentados en un sofá, conversan entre sí. Emilia, sentada junto al velador que habrá al otro extremo, se entretiene en hojear un álbum. Cárlos permanece de pié en el centro de la escena.*)

EMILIA.

(¡Calla! Es mi enamorado incógnito.)

LUIS. (*Despues de saludar á todos en general, se dirige á Cárlos.*)

¿Al fin te has resuelto?

CARLOS.

¿Qué quieres? Pero no me hables de eso.

LUIS.

Insisto porque me parece que no estás contento.

CRÍSPULO. (*A la Condesa indicando una condecoracion que él lleva al pecho.*)

Me la consiguió un amigo de Madrid; por cierto que bien cara me cuesta. No es esto decir que me deje llevar mucho de estos colgajos, pero ya comprenderá V. que suelen ser convenientes.

CONDESA.

(Así dicen todos.)

LUIS. (*A Cárlos.*)

¡Qué escucho! ¿Segun eso, te alegrarias de que el casamiento no se verificase?

CARLOS.

Cuidado, que pueden oirte.

EMILIA. (*Dejando en la mesa el álbum.*)

(¡Jesús, qué fastidio! Y ese jóven es amigo de Cárlos. ¿Qué se dirán?)

LUIS. (*Reflexionando.*)

Un nuevo capricho de la novia produciria tal vez su resistencia al pactado himeneo; retrocediendo ella, tendria Cárlos ocasion de hacer lo propio. En ello, el beneficio lo recibiríamos ambos; creo que puedo proceder sin ofender á mi amigo. Vamos allá. (*Se dirige á Emilia y saluda.*)

EMILIA.

Caballero, tengo mucho gusto... (Me parece todavía más simpático de cerca.)

CONDESA.

¡Qué hace Luis!

CRÍSPULO.

¿Señora, no me oye V.?

CONDESA.

¡Ah! Sí señor: decia V. que se promete un asiento en el Senado. Creo que no sería difícil conseguirlo; tengo bastantes amigos en la corte: ya se ve, el nombre de una antigua familia como á la que va V. á enlazarse, no puede olvidarse fácilmente. (¡Qué hablarán esos muchachos! Si vendrá el tonto de Luis á entorpecer...)

EMILIA. (*A Luis.*)

Efectivamente: la verdadera simpatía puede hacer de un recien conocido, un amigo de muchos años.

LUIS.

Observo que el novio está algo caviloso y como intranquilo: no es así como debe mostrarse un hombre tan dichoso.

EMILIA.

¡Dichoso! ¿Qué dice V.?

LUIS.

Por lo ménos, me inspira bastante envidia. Eso de verle amado...

EMILIA.

¡Ya!

LUIS.

Por una señorita como V...

EMILIA.

¿Amado? ¡Bah!

(*Cárlos, que desde que presentó á Luis se ha mantenido paseando por el fondo como pensativo, al ver que la Condesa trata de hablarle, se acerca á ella.*)

CONDESA. (*A Cárlos.*)

¿Por qué abandonas tu puesto?

CARLOS.

Déjeles V., señora. Están más á gusto que si yo les interrumpiera. Además, no debo desde ahora darla de celoso.

CONDESA.

Pero tu indiferencia no es oportuna.

CARLOS.

Ella está más contenta así. Ahora no bostezará como suele hacerlo á mi lado; él sabe hablarla como á ella gusta. Apuesto á que tratan de modas, de ópera y danzas, ó que murmuran de todo el mundo. Ambos actores están en su cuerda respectiva; lástima fuera interrumpirles.

EMILIA. (*A Luis.*)

Y dice V. que Julia, esa jóven que tan mal criada y engreida tiene la condesa... ¡Pues no se ha de conocer!... Obsérvela V. bien cuando la vea de cerca: la mezcla de sangre tiene señales infalibles. Usted me dirá, que por qué soy tan severa con ella, cuando hay tantos y tantas de su estofa en nuestra buena sociedad, que pasan por lo que no son; pero V. comprenderá que los tales, por lo ménos, ya están admitidos. Así anda ello: es un *agiaco* incalificable.

LUIS.

Un verdadero *melange.*

EMILIA.

¿Cómo?

LUIS.

Lo mismo que baturrillo, mescolanza.

EMILIA.

Sí, eso es. ¿Qué quiere V.? Es una cosa insufrible.

LUIS.

(Cualquiera diria que esta Emilia no tiene nada que echarse en cara en la materia; pero eso, ¿quién lo sabe? No será ella por cierto quien lo revele.)

EMILIA.

¿Qué decia V.? Algo decia V. entre dientes...

LUIS.

Nada absolutamente.

EMILIA.

Vamos, ¿qué decia V.?

LUIS.

Que tiene V. sobrada razon, que es un *melange insupportable.*

CONDESA.

Sí, D. Críspulo, estoy con V. en lo que me cuenta: esos nobles de ayer son insufribles, al paso que la gente de cuño viejo es más tratable. Ya se ve: en éstos es natural lo que en los otros artificio. Sobre todo, los *alias* de que ya hemos hablado... Sí, porque más bien parecen apodos que títulos.

LUIS. (*A Emilia.*)

Pero ¿á qué ocuparnos tanto en quien no lo merece? Hablemos del gran mundo, de aquellas sociedades que he frecuentado y de que sería V. el ornamento más gracioso.

EMILIA.

¡Cuánto desearia conocerlas!

LUIS.

Y con sobrada razon lo desea V. ¡Qué lástima que una perla como V. de tal valia, se vea distante de aquel mundo, en que podria lucir sus bellísimos cambiantes!

EMILIA.

Siento que á papá no le haya ocurrido llevarme por esos mundos, donde, como V. dice y dicen todos, se vive tan bien y se goza tanto; pero papá con el cuento de los negocios... á lo ménos tal es la respuesta que siempre ha dado como disculpa á mis indicaciones de viajar... Pero á pesar de todo, V. no habrá encontrado nada como nuestra Habana.

LUIS.

Es ciertamente grande el cariño que profeso á mi ciudad natal; pero tengo que confesar que es un villorrio comparado con las famosas capitales de que hablo á V.

EMILIA.

En verdad que si por algo consentiré en casarme, será por hacer que mi marido me lleve á viajar, á París sobre todo; ¡qué hermoso debe ser!

LUIS.

¡Oh, oh!

EMILIA.

A pesar de que no sé si Cárlos pensará tambien salirme con el impedimento de los negocios; pero no debe ser así, porque yo no pretendo viajar con el dinero de él ni de nadie, sino con el mio, con el que papá ha trabajado y está ganando para mí.

LUIS.

Justamente.

EMILIA.

Para que yo sea muy rica siempre y haga mi gusto.

LUIS.

(¡Sopla! ya veríamos.)

EMILIA.

Por eso querria saber ántes de casarme, si mi marido será tan complaciente como papá.

LUIS.

Aun es tiempo.

EMILIA.

¡Cómo!

CÁRLOS. (*Que los observa de vez en cuando.*)

Cuando digo que Dios los cria y ellos se juntan...

CONDESA.

(Tiempo es ya de interrumpir la conversacion de aquellos niños.) Continúe V., Sr. D. Críspulo. (Agradézcanme que no quiero parecer á Emilia demasiado importuna, que si no...) (*A Críspulo.*) Bien, muy bien, amigo mio. (*Alto.*) Vamos, pronto sonará la orquesta. (*Al ver que algunos caballeros y señoras pasan por el foro con direccion al salon.*) Ya los convidados inundan el salon. He querido festejar á los novios con un poco de música y baile, no tanto porque me place celebrar este dia, cuanto para que vean ambos, que no soy intolerante con los placeres de la juventud. Todo va á ser alegría. (*Se oye una orquesta que toca danza criolla.*) A propósito, ya tocan una danza.

EMILIA.

¡Ah! ¡qué bueno!

LUIS.

¡Qué oigo! Esta danza es ¿para quién?

CONDESA.

Cárlos, la primera es de rigor.

CÁRLOS.

Sí señora, haré lo que V. ordene. (Estoy hecho un autómata.) Emilia... (*Invitándola.*)

EMILIA. (*A Luis, indicándole á Cárlos con pesar mal disimulado.*)

Ya V. ve... Bailaremos la segunda.

LUIS. (*Alto.*)

Muy bien. (*A Emilia.*) Va á parecerme demasiado larga. (Esto va en popa, y no pierdo la esperanza. ¡Dirá Cárlos que no sirvo para nada! En este terreno le desafío. Que venga aquí con sus librotes y su juicio. ¡Bah, bah, bah! (*Vase tras la pareja.*)

CONDESA.

Vamos tambien.

CRÍSPULO.

Los que ya no bailamos... En fin, buscaré á D. Serapio y jugaremos al tresillo. (*Vase dando el brazo á la Condesa.*)

ESCENA NOVENA.

JULIA, luego JORGE.

JULIA. (*Saliendo por la puerta de la izquierda.*)

¡Se van á bailar! Ellas tienen galanes, amigas, y yo... no tengo una sola amiga, y el que podria ser para mí otra cosa más grata, acaba de serme robado.

JORGE. (*Con librea de gala.*)

¡Cómo, Julia! ¿Qué haces por aquí? ¡Ah! ¡qué cara tienes tan demudada! Tú sufres: cuéntame. Sabes que si ellos te rechazan, yo soy tu amigo. ¡Pobre Julia! ¡Si supiesen que á pesar de tu clase, podrias ir y decirles tantas cosas! Cosas que harian temblar á alguno de los que se están divirtiendo en ese salon. Mi señora no ha debido ocultártelo tanto tiempo; pero ella calla, yo debo tambien callar; guardaré silencio... Además, no sé si mis palabras te harian más desgraciada.

JULIA.

¿Qué dices, Jorge? No te entiendo.

JORGE.

Es una historia que cada vez que te veo triste, y sobre todo, cuando comprendo por qué lo estás, viene á mi memoria. Pero se acerca mi amito, y voy á servir á los *blancos*. Ea, Jorge, cierra la boca, y á tu obligacion. (*Vase hácia el salon de baile.*)

ESCENA DECIMA.

JULIA, CARLOS.

CARLOS. (*Sin ver á Julia.*)

He endosado á Luis el resto de la danza, y vengo huyendo de ese salon en donde todo es tedio para mí... ¡Qué veo! ¡Julia!

JULIA.

¡Cárlos! ¿Estaba V. tan mal en el baile, que así abandona á su pareja? ¿Cuánto mejor no se pasa allí? Se baila, se goza, se ama tal vez (en tanto que aquí se sufre, se llora).

CARLOS.

Tú lo has querido... pero estás conmovida, sufres demasiado. Dices que allí se ama. ¿Quién? ¿Yo por ventura? ¿No has tenido la crueldad de decirme que amas á otro? ¡Oh! no lo puedo creer. Dime que has mentido para obligarme á obedecer á mi madre.

JULIA.

¡Oh!

CARLOS.

Sí, has mentido, porque tú no puedes amar á otro que á mí. ¿No es verdad que no amas á otro? ¿que es á mí á quien amas?

JULIA.

Dios no lo quiere así.

CARLOS.

¡Dios, Dios! Él nos ha puesto juntos en la misma senda. Los hombres, son los hombres los que pretenden separarnos. Dios quiere la fraternidad entre sus hijos. Él no ha creado las preocupaciores sociales: él las combate con sus leyes de amor.

JULIA.

¡Ah! Cárlos, huya V. de mí: piedad le pide mi corazon.

CARLOS.

¿Piedad de tí? Pídeme amor.

JULIA.

¡Cárlos, Cárlos!

CARLOS.

Pero tu acento, tus miradas, tu corazon te venden, ¡ah! Si no me amas, dímelo de otro modo para que lo crea.

JLUIA.

(¡Qué lucha, Dios mio!) Por Dios, que van á encontrarnos aquí... Hágalo V. por mí...

CARLOS.

Por tí, sí; por tí hasta mi vida, hasta mi felicidad.

JULIA.

No, tal felicidad sería un remordimiento para mí. Y luégo, acaso algun dia, su familia odiándome por haber amado á V., viéndome como la mancha de su nombre... sufrir su desprecio... ¡ah! ¡no! Y V. tal vez entónces...

CARLOS.

Yo... ¿qué?

JULIA.

Usted participando de su desden, de mi oprobio, de mi remordimiento...

CARLOS.

Julia, estás loca; ¿qué profieres, qué pretendes?

JULIA.

¡Oh! no puede ser. Morir y nada más sólo me resta.

CARLOS.

No, tú me amas, te amo y no puedo consentir en tu desgracia. Yo adoro á Dios en tí, porque eres tú su ángel más hermoso. Háblenme de distancias sociales; las desprecio, y te adoro.

JULIA. (*Con ternura.*)

Cárlos...

(*Este la toma las manos.*)

JULIA. (*Retirándolas.*)

¡Ah! no, no.

ESCENA UNDECIMA.

Dichos. EMILIA y LUIS del brazo, han podido ver el movimiento de Cárlos por retener las manos de Julia. D. CRISPULO y LA CONDESA.

EMILIA.

¡Qué veo!

JULIA Y CARLOS. (*Con sorpresa.*)

¡Ah!

EMILIA.

Eso sólo me faltaba; ¡qué osadía! (*Se desprende del brazo*

de Luis, y dice á D. Críspulo.) Señor, yo no debo sufrir semejante ofensa.

CONDESA.

¡Qué!

CRÍSPULO.

¿Qué me dices, hija mia? (*Emilia le habla al oido.*) Señora condesa, se hace á mi hija el poco favor de...

CONDESA.

¿Cómo?

JULIA.

(¡Dios mio, ampararme!)

CRÍSPULO.

¡Creer que mi hija pueda aceptar semejante competencia!

CONDESA.

Señor mio, no comprendo...

CARLOS.

Pero yo no puedo consentir...

JULIA. (*A Cárlos.*)

Silencio...

LUIS.

(¡Esto se enreda; magnífico!)

EMILIA.

No hay que dudarlo: aquí estaban muy asidos de las manos.



CONDESA.

¡Qué escucho!

CARLOS Y JULIA.

(¡Qué dice!)

EMILIA. (*A Luis.*)

¿No es verdad, caballero?

LUIS.

Es... innegable.

CRÍSPULO.

Señora, ya V. lo ve.

CONDESA.

Poco á poco: creo que ambos exageran... Cárlos, Julia: explíquense ustedes.

EMILIA.

¡La muy atrevida!

LUIS.

(¡Cuando digo que la boda no se hará!)

CONDESA.

Caballero, no está bien que Emilia insulte así á esa muchacha. (¡Oh! ¡quién lo imaginara!)

EMILIA.

¡Sí, eso es; calle V., papá, y deje que se me rivalice con una... mulata!

CARLOS.

¡Señorita!...

JULIA.

¡Ah! (*Cae desmayada en el sofá de la izquierda.*)

CARLOS. (*Acudiendo á ella.*)

¡Julia!

CONDESA. (*Interponiéndose.*)

Cárlos, no es ese tu lugar.

EMILIA.

No se apuren ustedes, es fingido: todas ellas son así... ¡tan melindrosas!

CARLOS.

Señorita, ¡muy bien!

CONDESA. (*A D. Críspulo.*)

Disimule V. esta ocurrencia. Yo tomaré un partido que pondrá á cada uno en su lugar.

CRÍSPULO.

Pero...

EMILIA.

La boda no debe hacerse. Adios, señora. Vamos, papá; basta de baile.

LUIS.

(Y no se hará, segun parece.)

CRÍSPULO. (*Yéndose del brazo con Emilia.*)

¡Y todo ello por una mulata!

LUIS.

(Anda Luis, camina con valor tras (*Indicando á D. Críspulo.*) la fortuna.) (*Vase tras ellos.*)

CONDESA. (*A Cárlos en tono de reconvencion.*)

¡Cárlos! (*Vase á cuidar de Julia.*)

(*Cárlos permanece como abismado en su pensamiento.*)

CAE EL TELON.

ACTO TERCERO

La decoracion del segundo acto.

ESCENA PRIMERA.

LA CONDESA, JORGE.

JORGE.

Sí señora; acaba de verla el médico, y dice que la calentura continúa bastante fuerte.

CONDESA.

¡Pobre muchacha! Ha pasado una noche muy agitada. Yo estuve, como sabes, á su cabecera hasta más de las doce. ¿Dices que en lo restante no descansó?

JORGE.

No señora; segun Juana, que veló junto á ella desde que se separó su merced, ha estado Julia con mucha inquietud y como delirando. No ha cesado de hablar de la muerte y otras cosas muy tristes, nombrando á su merced y al niño Cárlos á cada momento, en medio de palabras que no hemos podido comprender.

CONDESA.

¿Y mi hijo?

JORGE.

Parece que tampoco la pasó muy bien; le he sentido andar por su habitacion toda la noche. Salió desde muy temprano y no ha vuelto; sin duda habrá almorzado fuera.

CONDESA. (*Mirando su reloj.*)

¡Son las dos de la tarde! Dí á Juana que me espere en mi cuarto; allá iré dentro de algunos minutos; que no dejen un instante sola á la enferma.

JORGE.

Se hará lo que manda su merced. (*Vase.*)

ESCENA SEGUNDA.

CONDESA. (*Sola.*)

¡Lástima me causa esa infeliz; pero ha abusado cruelmente de mis bondades! Quiero suponer que haya sido alucinada por Cárlos, cuyas ideas de llaneza me causaron siempre el mayor disgusto; pero darle oidos, alentando tal vez sus esperanzas, entorpecer así mis proyectos, es cosa que no puedo perdonarla. Preciso es que salga ella de casa y que no vuelvan á verse. Y gracias que he logrado persuadir de nuevo á D. Críspulo. (*Pausa.*) Sorpresa me ha causado, no la pasion de Cárlos, sino el objeto. ¿Y cómo imaginar que tenía en casa la conjuracion? Hola, señor D. Críspulo.

ESCENA TERCERA.

CONDESA, D. CRISPULO.

CRÍSPULO.

Señora condesa, beso sus piés.

CONDESA.

Sin duda viene V. á decirme que está ya dispuesta Emilia.

CRÍSPULO.

Sí lo está, aunque no me ha costado poco vencer su repugnancia. Despues de la entrevista que, á invitacion de usted, tuvimos V. y yo aquí esta mañana, entrevista en que logró persuadirme de que esa muchacha no volverá á darnos otro mal rato, fuí á casa y la emprendí con mi hija. La tarea era más difícil de lo que suponíamos; pues ella, que nunca tuvo grande apego á la boda, fundaba en el suceso de anoche grave resistencia. Hícela comprender que todo ello era una bagatela, y que alejada Julia de Cárlos, á quien sin duda habia seducido, pues cuidé de echar sobre ella toda la culpa, no habria que temer una rivalidad que Emilia juzgaba, y con razon, tan ofensiva. Hice todo lo posible ya que no era justo desistir de un matrimonio concertado y de mútua conveniencia, por un lance que al fin puede tener fácil remedio.

CONDESA.

Así, así, D. Críspulo; me place hallar en V. un hombre tan cuerdo, tan racional.

CRÍSPULO.

Por último, logré, si no convencerla, persuadirla, gracias á esos y otros argumentos.

CONDESA.

Ya lo esperaba yo de la discrecion de V. y del respeto que ha sabido inspirar á Emilia, cuya docilidad es fruto de la buena educacion que V. la ha dado.

CRÍSPULO.

Favor que me hace la amabilidad de V., señora condesa.

CONDESA.

Lo que V. merece, señor D. Críspulo.

CRÍSPULO.

Como decia, no han sido sólo verbales mis argumentos; los ha habido muy positivos. A más del regalo de boda que la tenía prometido, y que será cuantioso como V. sabe, la he ofrecido hoy un magnífico tronco de caballos del Canadá, y el mejor y más costoso aderezo que á su gusto encuentre en la ciudad; ainda mais un viaje á Europa en que Cárlos habrá de consentir, no sólo por ser de su gusto, cuanto como medio de separar á Cárlos de...

CONDESA.

Al fin, lo principal es casarlos: despues, entre V. y yo arreglaremos las cosas segun convenga á ellos mismos. Usted sabe que entre nosotros siempre ha reinado la mayor cordialidad, y que siempre nos hemos entendido.

CRÍSPULO.

Por supuesto... Pero es preciso que esa chica...

CONDESA.

Pierda V. cuidado. Tan luego como pueda salir, dejará esta casa, y corre de mi cuenta componerlo de modo que ella y mi hijo no vuelvan á verse.

CRÍSPULO.

No tanto por mí como por Emilia. Ante el paso de ayer noche, ni V. ni yo podíamos permanecer impasibles. Yo encolerizado me expresé con alguna dureza; pero la noche trae consejo y hemos reflexionado, acabando por convencernos de que, entre personas que saben de mundo y de negocios, no es cosa de abandonar uno brillante porque esos tontuelos interpongan su capricho. Yo me juzgaria tonto, si al cabo de mi carrera me detuviese una bicoca, cuando he pasado por cosas mayores al realizar otros negocios. Por ejemplo: V. sabe que los de *negritos*, sobre todo, no dejan de habituarle á uno á no pararse en pelillos; ustedes los que compran y conservan, y nosotros los que vendemos, no nos paramos en bulto más ó ménos.

CONDESA.

Y es como debe ser. (Buenos tunos son ustedes.)

CRÍSPULO.

Ahora lo que falta es ver cómo persuadimos á Emilia en la cuestion de tiempo. Está dispuesta, pero pretende dilatar el casamiento hasta verse segura de que no ocurrirá otro lance parecido.

CONDESA.

Todo lo contrario. Es forzoso persuadirla de que debe verificarse la boda cuanto ántes, hoy mismo; así podremos disponer de ellos mejor.

CRÍSPULO.

¡Hoy! tan pronto... ¡qué dice V.!

CONDESA.

Dentro de una hora ó ántes; no hay tiempo que perder.

CRÍSPULO.

Pero ella no consentirá...

CONDESA.

Una jóven bien educada por V., debe ser sumisa y obediente. Todo está listo. Se han obtenido las dispensas necesarias, y se casarán aquí en casa á despacho cerrado dentro de media hora, tan luego como vuelva V. y Cárlos venga.

CRÍSPULO.

¿Y cómo convencer á mi hija? ¿Ella que está acostumbrada á hacer su santa voluntad? Yo, no hay duda que la he educado bien, como V. dice; pero no sé quién diablos la ha enseñado á decir *no, ó lo quiero así*, segun se le antoja, y voy á tener una escena en que Dios me ampare.

CONDESA.

¡Y qué! ¿No tiene V. medios idénticos á los que empleó esta mañana? Refuerze V. los argumentos y ya verá si triunfa.

CRÍSPULO.

Sí, pero...

CONDESA.

Si ella ha consentido en lo mayor, doblando las promesas consentirá en lo menor.

CRÍSPULO.

Es que ya me cuestan sus remilgos más de lo que usted presume.

CONDESA.

¿No es la única hija de su corazon? ¿Lo que V. posee no

será todo para ella? Don Críspulo, vaya V. pronto, es urgente, indispensable. Puede V. decirla que el casamiento de Cárlos será desengaño y castigo para esa malhadada Julia, que tan funesta ha venido á ser á nuestros planes.

CRÍSPULO.

Tal es la verdad: por lo que hace á mí, siempre me ha visto V. dispuesto y conforme con sus miras, que son semejantes á las mias; pero...

CONDESA.

Ea, D. Críspulo. Añada V. al aderezo otro, á la pareja una *victoria*, y á todo esto la mejor quinta que pueda fabricarse en el Cerro ó Marianao; á París y Lóndres ó Florencia, añada V. un viaje á Jerusalen, Roma ó Tetuan.

CRÍSPULO.

El país de las monas.

CONDESA.

(Allí estaria á su gusto esa tonta.) El tiempo vuela: todo está preparado, y hasta el cura espera ó poco ménos.

CRÍSPULO.

Ya que es así, trataré de persuadirla, y Dios lo quiera.

CONDESA.

Quedo aguardándoles. Nada de ceremonias ¿entiende V.? Será cosa puramente privada y de familia; nada de gran *toilette;* traje de calle ó familiar, y nada más. La prontitud es lo que importa.

CRÍSPULO.

Vaya, probemos pues. (*Vase.*)

ESCENA CUARTA.

CONDESA. *(Sola.)*

¡Gracias á Dios! Al fin creo que por parte de éstos conseguiré mis deseos. ¡Ojalá pudiese decir lo mismo respecto de Cárlos. Aun no le he visto desde anoche, y temo que no venga en todo el dia, faltando oportunamente. ¿Qué pensará? En verdad que me intranquiliza su tardanza. Pero vendrá: porque sin duda desea saber cómo sigue la enferma; y como cree que el proyecto del matrimonio está deshecho... Aquí viene, ¡ah! ¡que me place!

ESCENA QUINTA.

CONDESA, CARLOS.

CARLOS.

¡Señora!...

CONDESA.

Te aguardaba...

CARLOS.

Y yo, si quiere V. que sea sincero, la diré que temia encontrarla.

CONDESA.

El culpable teme á su juez.

CARLOS.

¡Yo culpable!

CONDESA.

¿Lo dudas?

CARLOS.

Mi conciencia está tranquila.

CONDESA.

Entónces debe ser sobrado elástica.

CARLOS.

A fe que no comprendo ese lenguaje, madre mia.

CONDESA.

¿Hallarás infundado mi enojo despues de lo que ha pasado?

CARLOS.

¡Ah! ya comprendo; y si no acertaba, era por no juzgar grave delito lo que es natural y honrado.

CONDESA.

A no ser que supongas que debo estar satisfecha de tí y áun aplaudir tu falta de respeto. ¡Bueno sería que se hubiese roto por semejante escándalo, un proyecto de boda generalmente conocido!

CARLOS.

¡Qué oigo!

CONDESA.

No es posible retroceder.

CARLOS.

¡Ah!

CONDESA.

¿Osarias pretenderlo?

CARLOS.

Es decir, que insiste V. aun...

CONDESA.

¿Y por qué no? Allanado el nuevo inconveniente que

presentó una ocurrencia que no quisiera recordar, sólo debo pensar en que no se repitan tales escenas por demás desagradables. ¡Olvidarse de sí mismo hasta ese punto; poner tus ojos en quien debieras respetar, sobre todo por la consideracion que me debes!

CARLOS.

Señora, repito que mis fines eran honrados.

CONDESA.

No basta esa protesta de seguridad. Vista la diferencia de condiciones que jamás consentiria en allanar, ¿qué fines honrosos podrian esperarse? No estoy dispuesta á tolerar locuras; he resuelto que se verifique el matrimonio cuanto ántes.

CARLOS.

Pero es necesario disponer...

CONDESA.

Todo está dispuesto. Ella renunciará á sus ilusiones al ver reforzada la barrera que debe existir entre los dos. Su educacion ha sido honrada, y si no es indigna de los principios que la he inculcado, si no es ingrata á mis beneficios, se conformará con su deber.

CARLOS.

Semejante precipitacion, señora, es imposible.

CONDESA.

Está resuelto.

CARLOS.

Pero...

CONDESA.

Una palabra más, en oposicion, y esa muchacha saldrá ahora mismo de esta casa; lo exige el honor de mi familia, mi decoro.

CARLOS.

(Resignémonos por ahora, ganemos tiempo.) Callaré.

CONDESA.

Voy á terminar los preparativos. Cárlos, quiero ser obedecida. Aguárdame aquí un momento.

CARLOS.

Semejante precision...

CONDESA.

Caballero, el hijo que no obedece, no honra á su madre: repito que me aguarde V., que no salga de casa sin mi vénia. Yo se lo mando.

CARLOS.

Bien está, señora.

ESCENA SEXTA.

CARLOS. (*Solo.*)

Aguardaré; pero en vano. Quizás al obedecerla ahora, lo hago por la última vez. ¡Yo que me prometia que Emilia y su padre habrian desistido! Pero ya se ve, el D. Críspulo es un verdadero acéfalo ante mi madre, y como tal un autómata. Respecto de Emilia, ¿quién fia en la voluntad de una mujer tan necia? ¡Mi madre les ha hablado sin duda y les ha convencido! Ellos, que en medio de tanta vanidad tienen tan pocos escrúpulos cuando se trata de sus intereses ó su ambicion... Está visto que mi madre, tenaz como siempre, no retrocede, y mi esperanza queda desvanecida con la nueva aceptacion de D. Críspulo y su hija. Por fortuna habia previsto el caso y trabajaba por mi cuenta. Partiré, llevaré conmigo á Julia, si quiere seguirme, á otros países en donde no imperan estas mezquinas preocupaciones coloniales. Una vez allí, mi madre habrá de perdonarnos y aceptar mis socorros, si es que, como teme, nuestra fortuna desaparece con mi repulsa al matrimonio que me exige. ¡Oh madre mia! Yo trabajaré para que tengas opulencia si es preciso; ¿pero debo plegarme á la injusticia? ¿Debo inmolar á tu ambicion la dicha de dos séres que tú no puedes ménos de amar? ¡Oh! yo creo que Dios me escucha; y él que penetra las intenciones, no puede ver en mí un hijo ingrato... Oye, Jorge; y Julia, ¿cómo está?

ESCENA SEPTIMA.

CARLOS y JORGE.

JORGE.

La calentura no disminuye. Ahora voy á la botica por esta receta que acaba de dejar el médico.

CARLOS.

A ver: una preparacion calmante de las más enérgicas. Por supuesto que el doctor habrá dejado instruccion clara del tiempo y forma en que debe la enferma tomar esta bebida.

JORGE.

Una cucharada cada dos horas.

CARLOS.

Ten cuidado. Si tomase algo más, sería peligroso y tal vez mortal.

JORGE.

Esté su merced tranquilo.

CARLOS.

Bueno, vé corriendo... A propósito... Oye: pienso partir cuanto ántes, tan luego como pueda burlar la vigilancia de mi madre...

JORGE.

Mande el niño Cárlos.

CARLOS.

Estoy decidido. Trataré de persuadir á Julia á que me siga.

JORGE.

¡Ah! Comprendo.

CARLOS.

Tú la servirás de guia y custodia cuando llegue el caso, es decir, tan luego como esté en disposicion de ponerse en camino. La facilitarás todos los medios, é ireis á reuniros conmigo en donde ella te dirá. ¿Habrá modo de que reciba ahora una carta mia?

JORGE.

La señora mandó que no se dejase entrar en la habitacion de Julia más que al médico. Juana la asiste con igual órden.

CARLOS.

¡Fatalidad! Se pierde un tiempo precioso... ¡Si yo pudiese hablarla! ¿Dónde está la señora?

JORGE.

¡Ah! niño. Si la señora viese á su merced acercarse al cuarto de la enferma, todo se lo llevaria el diablo.

CARLOS.

Es verdad, tienes razon; y lo que más conviene es que no sospeche de mi proyecto... Escribiré, y cuando regreses con la medicina, harás porque llegue á manos de Julia una carta. Vé, pues, á la botica, y vuelve á buscarme aquí ó en mi cuarto. (*Vase Jorge.*) Necesito marchar ántes de lo que pensaba. Haré porque ella parta despues con Jorge. Por lo pronto permaneceré soltero y libre. Mientras no sea de otra, puedo ser suyo. (*Va á escribir y desiste al ver á la Condesa.*) ¡Ah! ¡mi madre!

ESCENA OCTAVA.

CARLOS, LA CONDESA.

CONDESA.

Te encuentro aquí, lo esperaba, y agradezco tu obediencia.

CARLOS.

Debe V. estar satisfecha. Sólo me resta suplicar á usted dilate por un dia, por algunas horas...

CONDESA.

No puede ser, Cárlos.

CARLOS.

Lo suplico, lo ruego, madre mia: ¡tal presteza en asunto tan serio!...

CONDESA.

Por lo mismo que lo es, debe apresurarse.

CARLOS.

Tengo que disponer áun algunas cosas.

CONDESA.

Es imposible perder más tiempo; ya hedado mi palabra, y todo está listo. Lo demás nos expondria á interpretaciones que no nos favorecen. Cuando ignoraba lo que ahora sé, podia ser más indulgente; ahora tienes que hacerte perdonar y tranquilizarme respecto de un particular sumamente delicado.

CARLOS.

Es decir que veo burlada del todo mi esperanza. Cuando creia que lo ocurrido podria retardar esa funesta boda, viene por el contrario á precipitarla. ¡Soy muy desgraciado ciertamente!

CONDESA.

Te casaráshoy, y saldreis en seguida para el ingenio. En cuanto á esa muchacha, es forzoso que purgue su osadía; y tan luego como esté buena...

CARLOS.

¿Qué piensa V. hacer, señora? Es inocente. Si escuchó mis amorosas palabras, no ha sido sin grave resistencia, y sólo cediendo á mi importunidad. Madre, ¿qué piensa usted hacer de ella? Debo saberlo.

CONDESA.

Pretendo evitar la deshonra de mi casa; evidenciar que niego toda indulgencia á unas relaciones desiguales y pe-

ligrosas. El buen nombre de nuestra familia está por medio, y por consiguiente, ha terminado mi censurable bondad. Debo hacerte comprender si lo has olvidado, como parece, que Julia ha debido ser sagrada para tí. Preciso es que yo te recuerde la cordura, ya que tus pretensiones absurdas la desmienten.

CARLOS.

Pues bien, madre; yo la amo y no consèntiré que se la ofenda ni trate mal. Si no es igual á mí por la cuna, está tal vez más alta que yo por su corazon; más alta, sí, porque yo he podido mostrar la voluntad de un hombre, y sólo he mostrado la debilidad de un niño. Deberes tiene el hijo; pero tambien los tiene la razon, y no he sabido alzarme en favor de ésta. ¡Que no es igual á mí... pobre sarcasmo!

CONDESA.

¡Igual á tí! ¡Llaneza incomprensible! ¡Es decir que eres igual á la hija de la esclava María! El padre de esa muchacha, que era su dueño, vendió á otro la madre con ella en su seno, avergonzándose del fruto que iba á resultar de su extravío. ¿Eres, pues, igual á esa muchacha que su mismo padre negó ántes de nacer y que negaria hoy, si la conociese?

CARLOS.

No importa, señora. Eso añade mayor interés á su desgracia. Yo que la amo, no debo abandonarla aunque me llamen loco. Sé que V. tiene buen corazon, madre mia, y que no tocará uno solo de sus cabellos; ¿ pero eso evitará que sea despreciada y confinada, sábelo Dios, por el crímen de haberme inspirado amor? Si ella es infeliz desde la cuna, ya que la cuna es delito para ciertos séres; si un padre inícuo, por evitar que saliese á su rostro la prueba de un censurable descarrío ó por el vil interés de su codicia (cosa no muy rara entre nosotros), la vendió ántes de nacer; si el mundo la convirtió en mercancía cuando áun pertenecia exclusivamente á Dios; si entónces la única mano bienhechora que la sacó de su estado; si V., madre, al decirle: levántate y mira al cielo que es nuestro orígen, lo hizo para dejar caer sobre su frente algun dia, por la culpa sólo de haber amado, el manoplazo feudal de la soberbia; yo que la amo, porque el cielo la hizo interesante y amable á mis ojos, soy quien debo indemnizarla de los males que la ha causado el mundo; yo debo presentarla ante Dios diciendo: Señor, tú la creaste tuya, y los hombres te la han robado. Ella que es tu hija, ha sido vendida como tú tambien lo fuiste, por uno de los séres que ven-

den su sangre, por uno de los Judas que existen en el mundo para cambiar las almas por dinero: yo, pues, la rescato con mi amor, y te la vuelvo!

CONDESA.

¡Qué escucho! Apenas creo lo que oigo. Me avergüenzo de tus palabras. Estás loco sin duda. ¡Y es mi hijo quien profiere tales desacatos, y es ante mí que se permite tales palabras! Ahora ménos que nunca debo ceder: ceder es la deshonra, y á poco que tolerase, la llevaria ante el ara á mi despecho. Que salga, que salga inmediatamente de esta casa.

CARLOS.

No señora, no saldrá sino conmigo.

CONDESA.

¿Cómo impedirlo?

CARLOS. (*Interponiéndose con respeto pero con firmeza.*)

No lo sé... mas la protejo.

CONDESA.

¿Por qué medios?

CARLOS.

La ley... digo mal: la justicia...

CONDESA.

¡Aparta!

CARLOS. (*Con amargura y decision.*)

¡Señora!...

CONDESA.

Saldrá ahora mismo, cualquiera que sea su estado: yo lo quiero.

CARLOS. (*Bruscamente.*)

No lo consentiré.

CONDESA. (*Retrocediendo.*)

¡Cielos! ¡y es mi hijo!

CARLOS. (*Cayendo de rodillas.*)

Madre mia, piedad... piedad para ella y para mí. (*Levantándose.*) ¡Ah! señora, compadezca V. mi estado. ¡No he querido ofender á V., pero soy muy infeliz! Mi corazon sufre mucho y tengo en él un mundo de amargura. Usted que fué tan buena para Julia, no debe hacerla más desdichada; que sin nacer lo era. Que ignore siempre la saña con que V. acaba de amenazarla. ¡Ah madre mia! Si mis palabras han podido ofenderla, mi corazon protesta no las ha dictado.

(*Durante esta escena, ha pasado Jorge de vuelta de la botica,*

con un frasco que parece ser el recetado, hácia la puerta que conduce á la habitacion de Julia, saliendo despues y regresando al salon, no sin mostrar algun curioso interés por lo que pasa ó dicen en la escena. Ahora viene de la antesala.)

ESCENA NOVENA.

Dichos. JORGE.

CONDESA.

¿Qué hay?

JORGE.

Acaban de entrar y esperan en el salon.

CONDESA.

Que tengan la bondad de aguardar un instante; allá vamos. *(Vase Jorge.)* Es ya un compromiso serio; su ruptura sería una desgracia. Ahora me avergonzaria; evítame el sonrojo.

CARLOS.

¡Madre, madre! ¿Quiere V. hacerme completamente desgraciado? No puede ser.

CONDESA.

Tu casamiento me tranquilizaria respecto de tu loca inclinacion á Julia. Haz lo que anhelo... Yo te ofrezco tenerla siempre á mi lado, y áun la amaré como... á una hija... ¡Cárlos!

CARLOS.

¡Oh! muerte, serías un bien.

CONDESA.

(¡Ah! ¡qué idea! Es preciso... veamos... El momento es supremo, ¿á qué detenerme? Es un recurso disculpable, necesario.) Hijo mio: el enlace que te propongo es ahora de conciencia. Debo curarte de un amor imposible, y evitar criminales consecuencias... Entre Julia y tú, hay un abismo. Aun cuando ella fuese de tu propia condicion, áun cuando tuviese todo el oro y todos los atractivos del mundo, no podria ser tu esposa.

CARLOS.

¡Cómo!

CONDESA.

Lo que se cuenta de su nacimiento, fué pura invencion para cubrir un extravío.

CARLOS.

¡Qué dice V.!

CONDESA.

Si la he tratado como hija, ha sido por respeto á la memoria de tu padre... Me fuerzas á decírtelo.

CARLOS.

¡Qué oigo! ¡Cielos, tened piedad de mí!

CONDESA.

Y ahora, ¿vacilarás? ¡Cárlos, decídete por Dios, que nos aguardan!

CÁRLOS.

¡Ah!

CONDESA.

El abismo entre los dos es ahora inmenso.

CARLOS.

¡Sí, inmenso!

CONDESA.

Debo impedir que caigas en él... ¡El incesto!

CARLOS.

¡Qué horror!

CONDESA.

Ven, y huye de ella para siempre.

CÁRLOS.

Sí, sí.. Haga V. de mí lo que quiera.

CONDESA.

Cárlos, ven á poner entre ella y tú la barrera salvadora; ven, hijo mio, ven.

(*Aprovechándose del estupor de Cárlos, la Condesa le ase del brazo llevándole consigo.*)

ESCENA DECIMA.

JORGE (que sale por el lado opuesto, y que les ha visto marchar).

El sacerdote espera en esa sala. ¡Va á casarse con la hija de ese hombre! ¡Pobre Julia! Si pudiese verla... Y el niño Cárlos que pensaba llevársela; pero ¿qué haré? Sin duda no ha escrito la carta de que me habló. (*Buscando en la mesa.*) Nada, no hay nada. Además, ¿de qué serviria si va á casarse? ¿Cómo es que ha consentido? ¿Qué habrá hecho la señora para obligarle? Voy á ver si Juana me deja hablar con Julia... Pero ¿qué miro? ¡Es ella!...

ESCENA UNDECIMA.

Dicho y JULIA (que sale con el cabello suelto, pálida y febril, expresando en su fisonomía su malestar físico y su desesperacion. Su traje un poco descuidado, da á conocer que se ha vestido con el desaliño y rapidez que debe suponerse en quien como ella acaba de dejar el lecho del dolor).

JORGE.

¡Julia! ¿Cómo estás aquí? ¿Por qué has salido de tu cuarto con calentura?... ¡Y Juana te ha dejado salir!

JULIA.

Duerme.

JORGE.

La pobre Juana ha velado toda la noche. Estaria rendida de sueño.

JULIA.

Dime... ¿y él?...

JORGE.

Todo estaba preparado para su fuga y la tuya.

JULIA.

Pues vamos.

JORGE.

Pero parece que se ha visto precisado á obedecer á la señora.

JULIA.

¡Cómo!

JORGE.

Está en el salon...

JULIA.

Acaba...

JORGE.

Julia, vuelve á tu cuarto.

JULIA.

Y ella sin duda estará tambien en el salon. Le jura un amor que es pura falsía... ¡oh! ¡qué veo! (*Mirando hácia el fondo.*) ¡Un sacerdote!... ¡ah! comprendo... Van á enlazarse ahora mismo, aquí en la casa... ¡Dios mio!... Pero ¿qué me importa?... ¡Ah! Siento fuego en las entrañas y en las sienes... parece que va á rompérseme la cabeza.

JORGE.

Es un vahido... Llamaré...

JULIA.

¡Silencio! No llames, no es necesario... te lo suplico. El sudor baña mi frente, es de hielo, y sin embargo en ella hay algo que me quema. Esta mancha... ¿no ves esta mancha?...

JORGE.

Julia, deliras...

JULIA.

Una mancha que debe ser muy visible, porque todos la ven, todos me la echan en cara. ¡Cuando todos lo dicen!... Y sin embargo, esta mancha no es la del crímen: la tuve desde mi primer instante, nací con ella... ¡ah! ¡si pudiese borrarla! ¡Dicen que soy bella... já... já... já...! ¿Cómo puedo serlo con esta mancha? Ella es mi pecado original, pero sin redencion, sin redencion!...

JORGE.

Serénate por Dios.

JULIA.

¡Pues qué!... ¿no estoy serena? Ellos se casan, y yo... me rio. Ya lo ves, me rio... ¿me quieres más serena? Yo tambien voy á casarme. ¿No oyes mi epitalamio?

Hay una palma en el valle
á quien allá en otros dias
las aves, dulces cantoras,
á saludarla venian.
Llegó luégo la tormenta
y por el rayo fué herida;
su tronco secóse ¡ay triste!...
Las aves ya no volvian.

¿No es verdad que es muy bonito mi epitalamio? Quiero ponerme los adornos de la boda. (*Tratando de arreglarse el cabello.*) Jorge, tráeme flores... necesito flores para mi frente. Quiero ver si oculto esta mancha que me abruma, la mancha de mi orígen; pero no me traigas mirtos ni azahares; esas flores son muy alegres y deben servir para otras mas felices... ¡yo estoy tan triste! Tráeme lírios, que son tristes como yo... siemprevivas que sirvan para un sepulcro... Quiero ya mi vestido de boda, blanco como el armiño, como la pureza... como un sudario!

JORGE.

Julia, por Dios, por tu madre: vuelve á tu cuarto. No debes estar, no estás bien aquí.

JULIA.

Mi madre, dices que mi madre... ¡Yo no tengo madre!

¿Dónde está? No lo recuerdo... Sin duda ha muerto. Si ella no hubiese muerto, estaria aquí, responderia cuando la llamo. ¡La he llamado en vano tantas veces! No, no vive: ahora recuerdo que siempre me lo han dicho... ¿No es verdad que era esclava? ¡Qué horror! ¡Debió morir sin duda de pesadumbre, al ver que me ponia en el mundo para ser tan desgraciada! Sí, ella ha muerto, porque siento que álguien me llama desde otra parte, desde otro mundo... Sí, ella es quien me llama, me llama tan dulcemente... ¡Oh! ¡sólo una madre puede llamar así!

JORGE.

Julia, Julia, me das miedo... ¡oh! ¿qué hacer?

JULIA.

Ellos se casan... están en la iglesia. (*Se oye la campana y el órgano de una iglesia vecina que celebran unos funerales.*) Ven acá, Jorge. ¿No oyes el órgano? Qué hermoso es lo que tocan: parece un canto de otra vida... ¿No oyes la campana qué triste?... Y sin embargo, celebran un casamiento. ¡Ah! ¡nó, qué boba soy! Son campanas que doblan... (*Mirando por la ventana de la derecha.*) Es un entierro que cantan en la vecina iglesia. ¿Quién ha muerto?... Algun rico tal vez, porque es un entierro muy pomposo... ¡Ah! vosotros los que rogais por un muerto á quien no conocí, rogad por mí tambien... por una desdichada!... ¡Ah! sí, es por mí, ruegan por mí... y no puedo rezar, ni llorar tampoco... porque tengo fuego en la frente y en los ojos, y no puedo rezar ni llorar... y luego esta mancha!... (*Se golpea la frente.*) ¡Ah! me muero. (*Déjase caer lentamente en un sillon como vencida por tenaz y angustiosa modorra.*)

ESCENA DUODECIMA.

Dichos. LUIS.

LUIS.

¡Hola!... ¿Qué es eso? ¿qué veo?

JORGE.

Señor, yo no sé lo que le pasa, pero me parece que está muy mala... Caballero, llame su merced, por Dios.

LUIS.

¿Y dónde están?

JORGE.

En el salon.

LUIS.

He visto el carruaje de Emilia y su padre venir hácia aquí.

JORGE.

En el salon están todos; acaso esté ya concluido el casamiento.

LUIS.

¿Qué me dices? ¿Pero ignoran el estado de esa jóven?...

JORGE.

Sí señor.

LUIS.

Llamaré para que la socorran. (Evitemos y ganemos tiempo.) *(Vase.)*

ESCENA DECIMATERCERA.

Dichos, menos LUIS.

JORGE.

Julia, es menester que vuelvas á tu cama. Vendrán los amos, y si te encuentran aquí y en ese estado... la alarma para el niño Cárlos será mayor.

JULIA. *(Con suma postracion y languidez.)*

¿Qué dices? Déjame... Siento un peso tan grande en la cabeza... y en todo mi cuerpo... Quiero dormir... quiero morir...

JORGE.

Ven, Julia, ven. Es preciso que la lleve de todos modos.

ESCENA DECIMACUARTA.

Dichos. CARLOS, LA CONDESA, D. CRISPULO, EMILIA y LUIS. (Aparecen juntos, pero por el órden indicado.)

CÁRLOS.

¡Julia!... ¡Cielos!...

CONDESA.

¿Qué es eso? ¿Así se cumplen mis órdenes? ¿Cómo está aquí?

CÁRLOS.

Madre mia, ¡socorro, por Dios!

CRÍSPULO. *(Con ira reconcentrada.)*

Cuando dije que esa muchacha...

EMILIA. *(Con marcado desden.)*

Vea V., papá, si tenía yo razon.

LUIS.

(¡ Era tarde : estaban casados ! Pensemos en otra cosa, pues aquí estoy ya de más.) *(Saludando.)* Celebraré que el accidente no sea cosa mayor. *(Vase.)*

CARLOS. *(Que ha examinado á Julia al par que la Condesa.)*

Sin pulso... la frente helada...

JULIA. *(Al oir la voz de Cárlos abre los ojos aunque con dificultad, procura sonreir y le tiende la mano.)*

¡ Ah ! ¡ Cárlos... yo... pesado sueño!... ¡ qué felicidad.... poder dormir tan dulcemente!...

CARLOS.

Pero, ¿qué ha pasado? ¿cómo ha sido esto?

JORGE. *(Como quien recuerda de repente.)*

¡Ah! *(Corre hácia el cuarto de Julia.)*

CRÍSPULO.

Mucho temia este lance, condesa.

EMILIA.

Y lo peor es que ya no tiene remedio: ¡ya soy su esposa!

CRÍSPULO.

¿Qué dice V. á eso?

CONDESA.

Déjeme V. ahora. Hijo mio, ¡en qué situacion me has puesto con tu funesto amor!

CARLOS.

Madre, omita V. por favor reconvenciones. Socorros necesita esta infeliz... Julia, Julia, ¿no me oyes? Yo te llamo... Julia... ¡no responde!

JORGE. (*Trayendo vacío el frasco de la receta.*)

Mire su merced, niño Cárlos.

CONDESA.

¿Qué es eso?

JORGE.

La medicina que traje... Se levantó al descuido de Juana, y la bebió de un golpe.

CÁRLOS.

¡Qué escucho! Se muere sin remedio... pronto: tinta, papel. (*Va á pulsarla.*) No, ya no hay remedio: ¡su sueño es el eterno!

JORGE. (*A D. Críspulo con indignacion.*)

Ella era hija de María. Era hija de V. (*A Emilia.*) Era su hermana.

CRÍSPULO. (*Con terror y sorpresa.*)

¡Qué oigo!

EMILIA. (*Con sorpresa y confusion.*

¡Mi hermana!

CONDESA. (*A entrambos.*)

Él dice la verdad.

CARLOS.

¡Señora!

CONDESA.

Perdon, hijo mio; era preciso.

CARLOS. (*En tono de amarga reconvencion.*)

¡Madre! ¡madre!

CONDESA.

Hijo mio, hijo mio, (*Corriendo á abrazarle.*) perdóname. (*Cárlos rehusa este abrazo, y la Condesa se deja caer abatida en un sillon.*)

CARLOS.

No señora; este matrimonio, hijo de la mentira, es nulo ante Dios y ante mi conciencia: ¡le rechazo! (*Yendo á inclinarse sobre el cadáver de Julia.*) ¡Julia, ídolo mio! Sólo la mentira pudo apartarme de tí; pero si vivieras, nadie, lo juro, podria arrancarme de tus brazos. (*La abraza y llora con desesperacion. D. Críspulo contempla á Julia aterrado. Emilia se cubre el rostro como si el dolor fuera una vergüenza.*)

JORGE. (*A D. Críspulo con solemnidad.*)

¡Dios hará justicia!

CAE EL TELON CON ALGUNA LENTITUD.



FIN DEL DRAMA.